



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

EVANGELINA.

POEMA DE H. W. LONGFELLOW,

TRADUCIDO DIRECTAMENTE DEL INGLÉS

POR D. JUAN DE IZAGUIRRE.

¡Cuánta fué su bienvenida. Condujo á sus huéspedes al jardín, y allí, en un cenador de rosales, con interminables preguntas y respuestas, dieron rienda suelta á sus corazones, y repitieron sus abrazos amistosos, riendo y llorando unas veces, y otras en silencio y pensativos.

Pensativos, porque Gabriel no llegaba. Oscuras dudas y temores abrieronse entónces paso en el corazón de la joven, y Basilio, algo embarazado, rompió el silencio, y dijo:

—Si habeis venido por el Atchafalaya, ¿cómo no habeis encontrado en alguna parte el bote de mi Gabriel en los bayous?

Por el rostro de Evangelina, al oír las palabras de Basilio, pasó una sombra. Agolpáronse las lágrimas á sus ojos, y dijo con trémulo acento:

—¿Con qué se ha ido Gabriel?

Y ocultando su rostro, rindióse al peso de su oprimido corazón, y lloró y se lamentó.

Entónces el buen Basilio dijo, y su voz se llenó de alegría al decirlo:

—Animo, hija mía; un día no más hace que se fué. El loco me dejó solo con mis ganados y mis caballos. Habiéndose vuelto taciturno é inquieto, siempre contrariado y sin humor su espíritu, no pudo tolerar más tiempo la calma de esta existencia tranquila. Siempre pensando en tí, irresoluto y melancólico, siempre silencioso y hablando sólo de tí y de tus penas, habia acabado de hacerse pesado á hombres y mujeres. Hasta á mí se me hizo insoportable; tanto, que al fin me resolví á enviarte á la ciudad de Adayes, á traficar en mulas con los españoles. De allí seguirá los senderos indios hasta las montañas de Ozark, cazando pieles en los bosques ó *trampen-*

do el castor. Con que ántate; nosotros seguiremos al anate fugitivo; no debe de estar muy lejos, y los ladés y las corrientes se conjuran en contra suya. Mañana temprano saldremos con el rocío de la mañana; le seguiremos veloces, y le traeremos á su prision.

Después se oyeron voces alegres, y de la márgen del río, levantado en los brazos de sus enanadas, apareció Miguel el violinista. Había vivido mucho tiempo bajo el techo de Basilio, como un dios del Olimpo, sin otro cuidado que rogarle con su música á los mortales. Hasta muy lejos tenían fama sus plateados cabellos y su violin.

— ¡ Viva Miguel! ¡ Nuestro valiente músico de Acadia! — exclamaban llevándole en triunfo.

El padre Feliciano con Evangelina se adelantó saludando benévolo al anciano, y repetidas veces recordando el pasado, mientras que Basilio, embobado, saludaba alegre con loca hilaridad á sus antiguos camaradas y contertulios, riendo largo y ruidosamente, y abrazando á madres é hijas.

Mucho se maravillaron todos de ver la riqueza del antiguo herrero, sus dominios y ganados, y su parte patrimonial; mucho se maravillaron al oírle contar de aquel suelo y aquel clima y aquellas praderas donde había innumerables manadas á disposición del que quisiera hacerse con ellas. Cada cual pensó en su interior que él también podía ir y hacer otro tanto. Subieron los escalones, y atravesando el espacioso cobertizo, entraron en la sala de la casa, donde ya la cena de Basilio esperaba su vuelta, y descansaron, y juntos se festejaron grandemente.

Sobre la alegre fiesta descendió luego repentina oscuridad. Fuera, todo yacía en silencio. Iluminando el paisaje con hermosos rayos de plata, salió la blanca luna acompañada de millares de estrellas; pero más hermosos aún, puestas adentro, resplandecían las caras de los amigos, al trémulo fulgor de las lámparas.

Levantóse de su puesto, en la cabeza de la mesa, el ganadero, y prodigó su corazón y su vino al pár con ilimitada profusión. Recendió su pipa llena de exquisito tabaco Natchitoches, y así dirigió la palabra á sus huéspedes, que le escuchaban sonrientes:

— ¡ Bienvenidos seáis, amigos míos, que por tanto tiempo habéis estado sin amigos y sin hogar; bienvenidos seáis á este hogar, que es quizás mejor que el antiguo! Aquí el hambriento invierno no congela nuestra sangre como hace con los ríos; aquí ningún terreno provoca pedregoso la ira del labrador. El arado abre suavemente su surco en el suelo, como parte una quilla el agua. Los bosques de naranjos todo el año están en flor, y la hierba crece más en una sola noche que en todo un verano en el Canadá. Aquí manadas innumerables corren salvajes y sin dueño por las praderas; aquí las tierras son del que las coge, y selvas de madera con unos cuantos cachazos se labran y convierten en casas. Después de construídas vuestras casas y de que las nieves hayan dorado nuestros campos, ningún rey Jorge de Inglaterra vendrá á lanzaros de vuestros hogares, quemando vuestras viviendas y graneros, y robándoos vuestras granjas y ganados.

Y al decir esto, lanzó iracunda nube por sus narices, y su tostada mano cayó tronando sobre la mesa, con susto de todos los huéspedes; tanto, que el padre Feliciano detuvo asustado un polvo de tapé á medio camino de sus fosas nasales. El bravo Basilio resumió, con palabras más suaves y alegres:

— Guardaos sólo de la fiebre, amigos míos, guardaos de la fiebre, porque no es como la de nuestro frío clima de Acadia, que se cura con llevar colgada al cuello una araña dentro de una cáscara de nuez.

En esto se oyeron voces en la puerta y pisadas cercanas, que resonaron en las escaleras y en el fresco cobertizo. Eran los criollos y pequeños labradores acadenses que habían sido llamados á casa del ganadero Basilio. Alegre fué el encuentro con sus antiguos camaradas y vecinos. Los amigos se abrazaron entre sí, y los que antes eran extraños, al reunirse en el destierro, conviértiéndose de repente en amigos íntimos, unidos por el lazo de la patria común. En la sala vecina rompió un torrente de música, procedente del melodioso violin de Miguel, y olvidándolo todo, lanzáronse como niños alegres al loco torbellino de desvanecedora danza, que oscilaba y desfilaba á compás de la música como un ensueño, chispeantes los ojos y las ropas al aire.

Mientras, apartados en un rincón de la sala, el ganadero y el sacerdote hablaban juntos del pasado, del presente y del porvenir; y Evangelina estaba como absorta, porque dentro de ella ulzábense antiguas memorias, y en medio de la música oía el sonido del mar; irrepresible melancolía apoderóse de todo su corazón, y sin ser notada, se salió del jardín.

Hermosa estaba la noche. Por detrás de la negra muralla de la selva, ribeteanado de plata su cima, alzabase la luna. Sus rayos caían al río filtrándose con trémulo resplandor por entre las ramas, como penetran los dulces pensamientos de amor en un espíritu abatido y solitario. Más cerca, y en torno de ella, las innumerables flores del jardín derramaban sus almas en olores, que eran sus ruegos y confesiones á la noche, la cual seguía su camino como silencioso cartujo. Más fragante aún que ellas, y tan cargado de sombras y ríos de la noche, doblábase el corazón de la jóven. La tranquila y mágica luz de la luna parecía inundar su alma de ánsias indefinibles, cuando saliendo por la puerta del jardín, bajo la parda sombra de las enclas, anduvo todo lo largo del sendero hasta el confín de la incommensurable pradera. Esta yacía silenciosa con un velo plateado extendido sobre toda ella y un simular de gusanos de luz brillando y flotando por su espacio. Encima, las estrellas, pensamientos de Dios escritos en los cielos, resplandecían á los ojos del hombre, que hecho á tal maravilla, sólo ya se sorprende y adora cuando aparece deslumbrante cometa en las paredes de aquel templo, como si en ellas una mano misteriosa escribiese ¡ *aplatáen!* El alma de la jóven, entre las estrellas del cielo y la constelación de gusanos de luz, vagó sola exclamando:

— ¡ Oh Gabriel! ¡ Oh mi amado, tan cerca de mí y sin poder verte! ¡ Tan cerca de mí y sin que mi voz pueda alcanzarte! ¡ Ah, cuántas veces tus ojos ha-

brán contemplado estas arboledas que me rodean!
¿Cuántas veces bajo esta encina, al volver del trabajo, te habrás echado á descansar y á soñar conmigo? ¿Cuándo estos ojos te contemplarán y estos brazos se enlazarán en torno tuyo?

Alta y próxima resonó entonces la nota de una chotacabra como flauta de los bosques, y por entre los vecinos maticos se extendió, flotando á lo lejos hasta perderse en el silencio, ¡Paciencia! susurraron las encinas desde las sibilíticas cavernas de la oscu-

ridad, y en la pradera, alumbrada por la luna, añadió un lamento: ¡Muñana!

Hermoso salió el sol al otro día, y todas las flores del jardín bañaron sus rozagantes piés con sus lágrimas y ungieron sus trenzas con el delicioso bálsamo que llevaban en sus vasos cristalinos.

—¡Adiós!—dijo el sacerdote, deteniendo su pié en el dintel.—Cuidad de truenos al hijo pródigo de su miseria y hambre, y á la virgen loca que se durmió cuando el esposo llegaba.



Alzósé uno de los remos.

—¡Adiós!—añadió la joven.

Y bromecendo con Basilio bajó á la orilla del río, donde los bateleros aguardaban ya.

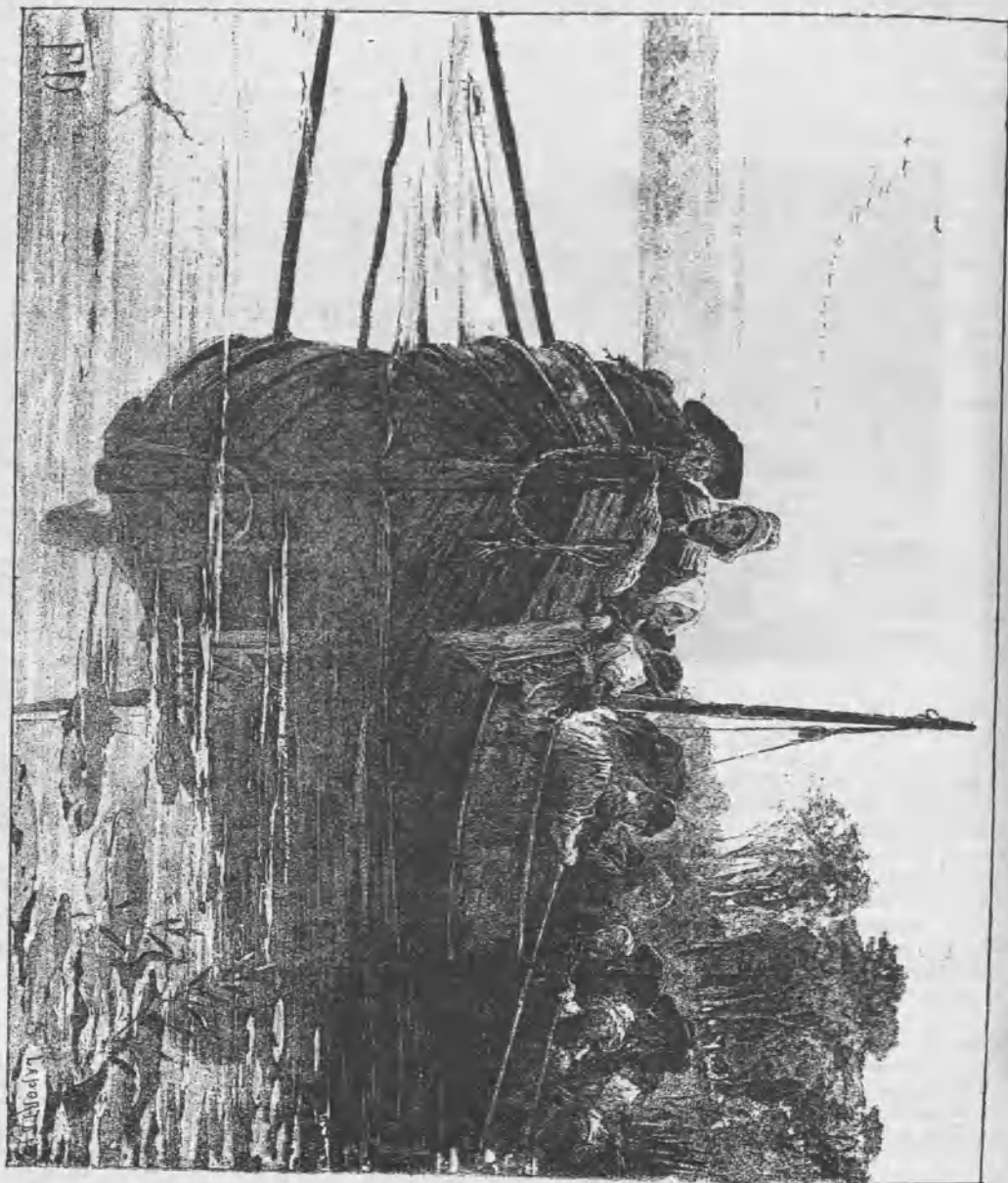
Así, reanudando su viaje aquella mañana, al salir del sol y la alegría, veloces siguieron la pista del que veloz se alejaba delante de ellos, empujado por el soplo del destino como hoja seca en el desierto. Ni al otro día, ni al otro, ni al siguiente tampoco, encontraron huella de su rumbo en lago, selva ó río, ni muchos días después la encontraron tampoco; vagos é inciertos rumores tan sólo fueron sus guías por entre agrestes y desoladas regiones, hasta que por fin, deteniéndose cansados y fatigados en la pequeña posada de la ciudad española de Adayes, supieron por boca del lacnax mesonero que el día anterior, con caballos y guías, Gabriel había abandonado la población y emprendido la marcha hacia las Praderas.

IV.

Lejos, en el Oeste, hay una tierra desierta, donde las montañas alzan, coronadas con nieves perpétuas, sus elevadas y luminosas cúspides. Por sus escarpados y profundos barrancos; enyas gargantas, como una puerta, dan paso á las ruedas del carro del emigrante, corren hacia el Oeste el Oregon, el Wallaway y el Owyhoc. Hacia el Este, en curso tortuoso, por

entre los montes de Windiver, atravesando el valle de Agua Dulce, se precipita saltando el Nebraska; y hacia el Sur de Fontaine-Quibout y las sierras Españolas, por entre hervientes arenas y rocas, impulsados por el viento del desierto, innumerables torrentes con incesante ruido descienden al Océano como grandes cuerdas de un arpa de altas y solemnes vibraciones.

Extendidas entre estas corrientes se encuentran las estupendas preciosas Praderas, mares flotantes de hierbas siempre ondulando de noche y de día, con frondosos grupos de rosas y amarfas carmesíes. Vagan por ellas manadas de búfalos, alces y corzos; vagan lobos y yeguas de salvajes caballos; fuegos secos y abrasadores, y vientos cansados de correr; por ellas vagan las dispersas tribus de los hijos de Ismael, regando el desierto con sangre, y encima giran y se remonta en alto, con poderosas alas, el cuervo, como alma implacable de caudillo muerto en batalla, que por pedraños invisibles asciende y escala los cielos. Aquí y acullá álzanse humaredas de los campamentos de los salvajes merodeadores, y aquí y acullá yérguense boscajes á las márgenes de los veloces ríos; el feo y taciturno oso, anacoreta del desierto, huraña los lóbregos barrancos buscando raíces por las orillas de los riachuelos, y por encima de todos se extiende



Portaba una pesada carga.

al firmamento, el límpido y cristalino cielo, como la mano protectora de Dios.

En esta tierra maravillosa, al pié de las montañas de Ozark, se había internado Gabriel con sus cazadores y trunperos. Un día y otro siguieron sus fugitivos pasos la jóven y Basilio, acompañados de sus guías indios, esperando cada día alcanzarle. Algunas veces vieron, ó creyeron ver, el humo de sus fogatas elevarse por el aire matutino, en lejana llanura, y al llegar al sitio, casi de noche, sólo encontraron cenizas y rescoldo. Y aunque sus corazonas se entristecían á ratos, y sus cuerpos se cansaban, todavía les guiaba la esperanza, cuando la mágica Pata Morgana mostrábase sus rayos luminosos que se alejaban y desvanecían ante ellos.

Una tarde que estaban sentados en torno de su hoguera, entró silenciosamente en el pequeño rancho una india, cuyas facciones denunciaban huellas profundas de pesar y paciencia tan grande como él. Era una shawnee, que volvía á reunirse con sus compatriotas desde las apartadas regiones de los crueles empujones, donde su marido, canadiense, corredor de losques, había sido asesinado. Conmovidos se sintieron todos los corazones con su historia, y dándole amistosa y sincera bienvenida con palabras de consuelo, se sentó é hizo honor á la carne de búfalo y caza asada en los tizonas. Y luego que hubo concluido su comida, y que Basilio y todos sus compañeros, cansados de la larga marcha del día y de la caza del ciervo y del bisonte, echábase en la tierra y se durmieron junto á la tremula hoguera del campamento que enrojecía sus atezados rostros, y con sus cuerpos envueltos en sus mantas, sentóse la india á la entrada de la tienda de Evangelina y refirióle con lenta y dulce voz, y el hechizo de su acento indio, toda la historia de su amor, con sus gozes, penas y sinsabores.

Mucho lloró Evangelina oyéndola, al saber que otro corazon desventurado como el suyo había amado y sido defraudado también. Conmovida su alma hasta lo más profundo por la piedad y compasión hacia aquella mujer, la consolaba, sin embargo, el ver que tenía á su lado otra que había sufrido tanto como ella, y á su vez le contó su amor y sus desdichas. La shawnee quedóse muda de admiración, áun despues que hubo terminado Evangelina: por fin, como si un horror misterioso se apoderase de su cerebro, habló y refirió el cuento de los Mowis: de Mowis, el novio de nieve, que se desposó con una doncella, y cuando llegó la mañana se levantó y salió de su wigwam desvaneciéndose y deritiéndose al resplandor del sol, de modo que no volvió ella á verlo más, á pesar de internarse por la selva en su busca. Con aquellos tonos quedos, tan dulces que parecían encantamiento mágico, contóle asimismo el cuento de la hermosa Lilian, que se enamoró de un fantasma, el cual, por entre los pinos de la choza de su padre, en el silencio del crepúsculo, respiraba como el viento vespertino y susurraba amor á la jóven, hasta que ella, tras su ondulante y verde ropaje, internóse por la selva en su seguimiento y nunca más la volvieron á ver.

Muda de estupor y de extraña sorpresa escuchó

Evangelina el suave curso de sus mágicas palabras, llegando á parecerle que estaba en un país encantado y que su cetrina huéspedes era una hechicera.

Lenta por cima de las montañas de Ozark salió la luna, alumbrando la pequeña tienda, y con su misterioso fulgor tocando las sombrías hojas é inundando de luz la arboleda. Cerca corría un delicioso murmullo un arroyo, y sobre sus cabezas las ramas se movían lamentándose en apénas perceptibles susurros. El corazon de Evangelina rebosaba de pensamientos amorosos; mas un secreto sentimiento deslízose sutil en él, llenándolo de pena y terror infinito, como el que produce la fria y venenosa culebra que se desliza en el nido de la golondrina. No era miedo terrestre. En la atmósfera nocturna parecía flotar un aliento de la region de los espíritus, y por un instantesintió que ella también iba persiguiendo un fantasma. Con este pensamiento se durmió, y su temor y el fantasma se desvanecieron.

Á la mañana siguiente, bien temprano, se reanudó la marcha, y durante ella dijo la shawnee:

—En la falda occidental de estas montañas habita en su pequeña aldea el *Traje Negro*, jefe de la Misión: enseña mucho al pueblo y les habla de María y de Jesús, y los corazones ríen de alegría y lloran de dolor escuchándole.

Con emoción repentina y secreta, Evangelina contestó:

—Vamos hacia la Misión; ¡sin duda allí nos aguardan buenas noticias!

Hacia allá encaminaron sus cabalgaduras, y detras de un estribo de las montañas, justamente al ponerse el sol oyeron un murmullo de voces, y en un ancho y verde prado á orillas de un río, distinguieron las tiendas de los cristianos, las tiendas de la Misión jesuita.

Bajo colosal encina, que se erguía en medio de la aldea, estaba arrodillado el del *Traje Negro* con sus hijos. Un crucifijo, colocado en alto en el tronco de un árbol y sombreado por vides, contemplaba con su rostro dolorido á la multitud postrada ante él. Aquella era la capilla rural. Por entre los intrincados arcos de su nave áerea alzábase el canto de vísperas mezclando sus notas con el dulce susurro y lamento de las ramas.

En silencio, y descubiertas sus cabezas, los viajeros, acercándose mas, se arrodillaron sobre el piso de césped y se unieron á las devociones vespertinas.

Cuando hubo terminado el rozo y la bendición caído de las manos del sacerdote, como semilla que arroja la mano del sembrador, lentamente el reverendo padre se adelantó hacia los forasteros y los saludó, y al contestarle sonrióse con expresion benigna, oyendo los patrios acentos de su lengua natal en la selva, y con benévolas palabras los condujo á su wigwam.

(Se continuará.)

VIAJES EXTRAORDINARIOS LAUREADOS POR LA ACADEMIA FRANCESA.

EL ARCHIPIÉLAGO DE FUEGO,

POR JULIO VERNE.

TRADUCCION DE ALFREDO GARCIA LOPEZ.

Y contribuía á dar alientos á los turcos la presencia de noventa y dos buques otomanos, egipcios y tunecinos que habian fondeado el 7 de Setiembre en la anchurosa rada de Navarino. Aquella flota conducía una inmensa cantidad de provisiones destinadas á Ibrahim para atender á las necesidades de una expedicion que preparaba contra los hydríotas.

En Hydra era donde Enrique d'Albaret habia pensado reunirse al cuerpo de voluntarios. Aquella isla, situada en un extremo de la Argólida, es una de las más ricas del Archipiélago. Despues de haber hecho enormes sacrificios de sangre y de dinero por la causa de los helenos, á quienes defendian sus intrépidos marinos Tombasis, Miaulis y Tsunados, tan temidos de los capitanes turcos, veíase entónces amenazada con las represalias más terribles.

Enrique d'Albaret no podia dilatar su salida de Corfú si queria llegar á Hydra ántes que los soldados de Ibrahim. Así, pues, fijó definitivamente su marcha para el 21 de Octubre.

Algunos días ántes, y segun habia quedado convenido, se presentó el jóven oficial á Elizundo para pedirle la mano de su hijo. No le ocultó que Hadjine seria feliz si él diera su consentimiento. El matrimonio no se celebraría hasta el regreso de Enrique d'Albaret, cuya ausencia no seria de larga duracion.

El banquero conocia la situacion del jóven oficial, el estado de su fortuna y la consideracion de que su familia disfrutaba en Francia. En cuanto á esto no habia necesidad de explicaciones. Ademas, su honradez era completa y nunca circuló en la casa ningun rumor que le fuera desfavorable. Respecto de su propia fortuna, como Enrique d'Albaret no le habló de ella, guardó silencio.

Elizundo dijo que no le desagradaba la proposicion, que aquel matrimonio le haria dichoso; puesto que debia labrar la felicidad de su hijo.

Elizundo dijo todo esto con gran frialdad, pero lo importante era que lo hubiese dicho. Enrique d'Albaret tenia su palabra, y en cambio, el banquero recibió de su hijo una muestra de gratitud que él acogió con su reserva acostumbrada.

Las cosas no podian marchar mejor para ambos jóvenes y tambien para Xaris. Este hombre excelente lloró como un niño, y de buena gana hubiera dado un abrazo al jóven oficial.

Enrique d'Albaret se veía obligado á permanecer por poco tiempo junto á Hadjine Elizundo. Resolvió embarcarse en un brick levantino que se hacia á

la mar en Corfú el 21 de aquel mes, con rumbo á Hydra.

Fácilmente se adivinó lo que fueron los últimos días que pasaron en la casa de la Strada Reale, y no hemos de insistir en esto. Enrique d'Albaret y Hadjine no se separaron ni una hora, y hablaban largamente en la sala del piso bajo de aquella triste casa. La nobleza de sus sentimientos daba á aquellas conversaciones cierto encanto penetrante que dulcificaba la nota un poco seria. Decian que el porvenir era suyo aun cuando el presente huía de ellos, y que debían mirar este presente con gran serenidad. Calcularon las probabilidades buenas ó malas, pero sin pesar, sin desaliento, y al hablar así no cesaban de exaltarse por aquella causa á cuya defensa se habia dedicado Enrique.

En la tarde del 20 de Octubre decíanse estas cosas por última vez, pero más emocionados. Al día siguiente debia partir el jóven oficial.

De repente entró Xaris en la sala. No podia hablar. Su respiracion era fatigosa. Había corrido mucho. Sus robustas piernas le llevaron en pocos minutos á través de la ciudad desde la ciudadela hasta el extremo de la Strada Reale.

—¿Qué es eso?... ¿qué tienes, Xaris?... ¿por qué estás tan conmovido?... —preguntó Hadjine.

—Tengo... tengo!... ¡una noticia! ¡una noticia grave!...

—¡Hablad!... ¡hablad!... ¡Xaris!... —dijo Enrique sin saber si debía alegrarse ó entristecerse.

—¡No puedo!... ¡no puedo! —respondia Xaris verdaderamente ahogado por la emocion.

—¿Se trata de una noticia de la guerra? —preguntó la jóven cogiéndole la mano.

—¡Sí!... ¡sí!

—¡Pero, habla pronto! —repetía.— ¡Habla Xaris!... ¿Qué hay?

—¡Turcos... hoy... derrotados... en Navarino!

De este modo supieron Hadjine y Enrique d'Albaret la noticia de la batalla naval del 20 de Octubre.

El banquero Elizundo entró en la sala al oír el ruido que hizo Xaris. Cuando supo de qué se trataba, apretó sus labios y se contrajo su frente, pero no manifestó alegría ni tristeza, al paso que los dos jóvenes daban rienda suelta á sus sentimientos.

En efecto, acababa de llegar á Corfú la noticia de la batalla de Navarino. Apenas circuló por la ciudad se conocieron tambien detalles transmitidos telegráfic-

mente por los aparatos ópticos de la costa de la Albania.

Las escuadras inglesa y francesa, á las que se habia unido la rusa, formaban un conjunto de veintiséis buques y mil docecientos setenta y seis cañones, y habían atacado á la flota otomana forzando los pasos de la rada de Navarino. Aunque los turcos eran superiores en número, pues tenían sesenta barcos de tales clases con mil novecientos noventa y cuatro cañones, acababan de ser vencidos. Muchos de sus buques se habían ido á pique y otros volaron, con gran número de oficiales y marinos. Ibrahim ya no podía esperar nada de la marina del Sultan para ayudarle en su expedición contra Hydra.

Este hecho de armas era de una importancia excepcional, pues debía ser el punto de partida de un nuevo período para los asuntos de Grecia. Por más que las tres potencias estuvieran decididas de automano á no sacar partido de aquella victoria aniquilando á la Puerta, parecía seguro que su acuerdo acabaría por arrancar el país de los helenos de la dominación turca, previendo que en un plazo no muy largo se realizaría la independencia del nuevo reino.

Este fué el juicio que se formó del suceso en casa del banquero Elizundo, Hadjine, Enrique d'Albaret y Xaris batieron palmas. Su alegría encontró eco en la ciudad. Los cañones de Navarino habían asegurado la independencia á los griegos.

Desde aquel momento, los designios del jóven oficial quedaron completamente modificados por la victoria de las potencias aliadas, ó mejor dicho—pues la frase es más exacta—por la derrota de la marina turca. Á causa de ella, Ibrahim debía renunciar á emprender la campaña que meditaba contra Hydra.

Esto, que era indudable, determinó un cambio en los proyectos que Enrique d'Albaret había formado ántes del 20 de Octubre. Ya no era menester que se reuniese á los voluntarios que acudían al socorro de los hidriotas, y resolvió aguardar en Corfú los sucesos que serian consecuencia natural del combate de Navarino.

Cualesquiera que fuesen aquellos sucesos, ya no había que abrigar temores acerca del porvenir de Grecia. Europa no permitiría que los turcos se apoderasen de su territorio, y ántes de mucho tiempo la media luna iria retrocediendo en toda la península helénica ante la bandera de la independencia.

Ibrahim, reducido á ocupar el centro y las poblaciones de la costa del Peloponeso, se veía en la precisión de evacuarlas.

En estas circunstancias, ¿hacia dónde se dirigirán Enrique d'Albaret? El coronel Fabvier se preparaba sin duda á abandonar á Mitylene para combatir á los turcos en la isla de Scio; pero sus preparativos no estaban terminados, ni lo estarían en algun tiempo. No había que pensar en partir inmediatamente.

Así apreció el oficial la situación y así la apreció también Hadjine, opinando ambos que su matrimonio no debía dilatarse. Elizundo no hizo ninguna objeción, y se fijó para diez dias despues, es decir, á fin de Octubre.

¿Para qué hemos de insistir en expresar los senti-

mientos que la proximidad de su union hizo brotar en el corazón de los prometidos? ¿Ya no iria Enrique á la guerra, donde hubiera podido morir! ¿Ya no esperaba Hadjine el instante de su regreso contando dolorosamente los minutos! Xaris era tan feliz ó más que su ama. Si se hubiera tratado de su propio casamiento quizá no habría tenido tanta alegría. Hasta el banquero, cuya frialdad era proverbial, no lograba ocultar su satisfacción. El porvenir de su hija estaba asegurado.

Se convino en que el acto revistiese gran sencillez, y encontraron inútil el convidar á toda la buena sociedad de Corfú. Ni Hadjine ni Enrique d'Albaret eran de los que gustan tener muchos testigos. Sin embargo, eran necesarios algunos preparativos, y se hicieron sin ostentación.

Era el 23 de Octubre, y no faltaban más que siete dias para la ceremonia. No parecia que pudiera haber obstáculo para que se realizase; mas si Hadjine y Enrique d'Albaret hubieran presenciado cierta escena, habrían sentido vivas inquietudes.

Elizundo encontró aquel dia en su correo una carta cuya lectura le produjo un efecto indescriptible. Arrugó el papel, le rompió y le quemó; operaciones todas que revelaban una profunda turbación en un hombre tan dueño de sí mismo como el banquero.

Si algúen le hubiera escuchado, habría oido murmurar estas palabras:

— ¿Por que no habrá llegado esta carta ocho dias más tarde? ¡ Maldición sobre quien la ha escrito!

V.

LA COSTA DE MESEÑIA.

Despues de haber salido la *Karypta* de Vitylo, navegó durante toda la noche con rumbo al Sudoeste como para atravesar oblicuamente el golfo de Coron. Nicolas Starkos había vuelto á bajar á su camarote, resuelto á no presentarse hasta al amanecer.

El viento era favorable; una de esas frescas brisas del Sudeste que generalmente reinan en aquellos mares al fin del verano y al principio de la primavera, hacia la época de los solsticios, cuando se resuelven en lluvia los vapores del Mediterráneo.

Por la mañana se dobló el cabo Gallo en el extremo de Mesenia, y las últimas cumbres del Taygeto, que limitan sus abruptas faldas, se sumergieron bien pronto en las neblinas del sol saliente.

Cuando desapareció la punta del cabo volvió Nicolas Starkos á subir al puente de la sacoleva. Su primera mirada se dirigió al Este.

Ya no se veía la tierra del Magno. Sin embargo, por aquella parte se levantaban aún los formidables estribos del monte Hagios-Dimitrios, un poco á la espalda del promontorio.

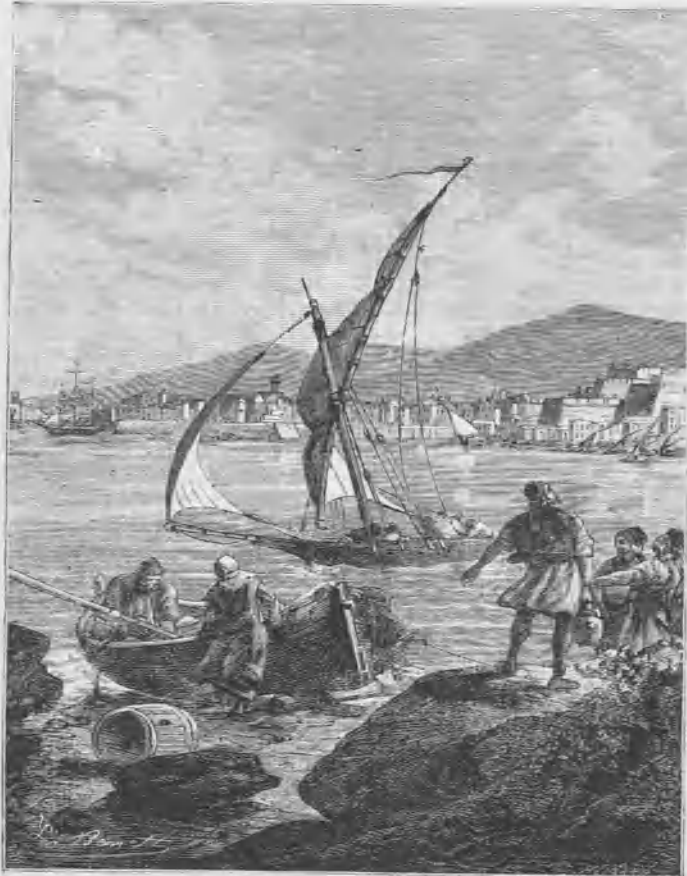
El brazo del capitán se extendió por un momento en direccion al Magno. ¿Era un ademán de amenaza? ¿Era un eterno adios á su país natal? Nadie hubiese podido asegurarlo. Pero la mirada que en aquel instante lanzaron los ojos de Nicolas no tenía nada de bueno.

La sacoleva, impulsada por sus velas cuadradas y

latinas, puso la caña á estribor y comenzó á subir hácia el Noroeste, y como el viento venia de tierra, prestábase el mar á una rápida navegacion.

La *Karysta* dejó á la izquierda las islas Ennasas, Cabrera, Sapienza y Venetico, y luégo siguió por el paso para llegar á la vista de Modon.

Ante ella se desarrollaba entónces la costa mesénica con el maravilloso panorama de sus montañas, que presentan un carácter volcánico muy marcado. Aquella Mesenia estaba destinada á ser, despues de la constitucion definitiva del reino, uno de los trece nomas ó prefecturas de que se compone la Grecia moderna,



Vista general de Corfú.

incluyendo las islas Jónicas. Pero entónces no era más que uno de los numerosos teatros de la lucha, ya en poder de Ibrahim, ya en el de los griegos, segun la suerte de las armas, como antiguamente fué teatro de aquellas tres guerras mesénicas, sostenidas contra los espartanos, que ilustraron los nombres de Aristomeno y de Epaminondas.

Nicolas Starkos, siempre silencioso, comprobó el rumbo en la brújula, y despues de observar el aspecto del horizonte fué á sentarse á popa.

Entre tanto, y en la proa, conversaban los tripulantes de la sacoleva y los diez hombres embarcados en Vitylo, en total unos veinte hombres, al mando de un patron, el cual estaba á su vez á las órdenes del

capitan. El segundo de la *Karysta* no se hallaba á bordo.

Y hé aquí lo que se decia acerca del destino actual de aquel barco y de la direccion que seguia costeano el litoral de Grecia. No hay para qué añadir que los recién llegados hacian las preguntas, y los antiguos tripulantes daban las respuestas.

— ¿No habla nunca el capitan Starkos?

— Muy pocas veces; pero cuando habla, habla bien y es preciso obedecerle,

— ¿Á dónde va la *Karysta*?

— Jamas sabemos á dónde va.

— ¡Demonio! Nos hemos enganchado de buena fe.... pero ¡no importa!

—Podéis estar seguros de que si el capitán nos lleva á alguna es porque se debe ir.

—Pero con esos dos pequeños abusos de proa no podrá atreverse la *Karysta* á perseguir los buques mercantes del Archipiélago.

—Es que no está destinada á barrer los mares. El

capitán Starkos posee otros buques bien armados y bien equipados para piratear. La *Karysta* es, como si dijéramos, su yacht de recreo. Por eso tiene el porte que veis y que engaña perfectamente á los cruceros franceses, ingleses, griegos ó turcos.

—¿Y las partes de botín?.....



La *Karysta* á la entrada de la rada de Navarino.

—Las partes de botín son para los que le cojan, y vosotros seréis de esos cuando la sacoleva haya terminado su campaña. ¡Perded cuidado, que no estaréis sin trabajar, y si hay peligro habrá provecho!

—¿De modo que ahora no se puede hacer nada en las costas de Grecia ni en las islas?

—Nada..... y tampoco en las aguas del Adriático, si el capricho del capitán nos lleva hácia aquel lado. ¡Hasta nueva orden somos honrados marinos á bordo de una honrada sacoleva, recorriendo honradamente el mar Jónico! Pero esto cambiará pronto.

—¡Cuanto ántes mejor!

Por lo que se ve, tanto los nuevos tripulantes como los antiguos marineros de la *Karysta* no eran gente

que murmurase cuando había que trabajar, fuese como fuese. ¡Escrúpulos, remordimientos, sencillos temores!..... no había que pedir nada de eso á la población marítima del bajo Magno. Verdaderamente eran dignos del que mandaba, y éste sabía que podía contar con ellos.

Pero si los de Vitylo conocían al capitán Starkos, no conocían á su segundo, oficial de marina y á la vez hombre de negocios, un alma del diablo, en una palabra. Era un tal Scopelo, natural de Cerigotto, isleta de mala reputación situada en el límite meridional del Archipiélago, entre Cérigo y Creta. Por esto, uno de los tripulantes nuevos, dirigiéndose al patrón de la *Karysta*, le preguntó :

— ¿Y el segundo?

— El segundo no está á bordo—le dijeron.

— ¿No le veremos?

— Sí.

— ¿Cuándo será eso?

— ¡Cuándo sea preciso verlo!

— Pero..... ¿dónde está?

— ¡Dónde debe estar!

No hubo más remedio sino contentarse con aquella respuesta que no enseñaba nada. En aquel momento, el silbato del patron llamó á todo el mundo arriba para tesar las escotas, y la conversacion del castillo de proa quedó bruscamente cortada.

En efecto, se trataba de ceñir un poco más el viento á fin de ir costeando, á distancia de una milla, el litoral mesenio. Al mediodía pasaba la *Karysta* por delante de Madon, pero aquel no era el punto de su destino, y por eso no fué á regular en la ciudad levantada sobre las ruinas de la antigua Metona, en el extremo del promontorio que proyecta su punta hácia la isla de Sapienza. Un momento despues, al volver un asentado, desapareció el faro que se levanta á la entrada del puerto.

Entre tanto, á bordo de la sacoleva se habia hecho una señal. En la punta de la antena mayor fixaron un gallardete negro con una media luna roja, y como á esta señal no correspondió ninguna en tierra, se continuó la ruta en dirección al Norte.

Al caer la tarde llegaba la *Karysta* á la entrada de la rada de Navarino, especie de gran lago nutritivo rodeado por un marco de altas montañas. La ciudad, dominada por la confusa masa de su fortaleza, apareció por breves instantes á través de la hendidura de una gigantesca roca. Allí estaba la punta de la escollera natural que contiene el furor de los vientos del Noroeste, que viente á torrentes sobre el mar Jónico aquel larguísimo odre del Adriático.

El sol poniente iluminaba todavía la cima de las últimas montañas al Este, pero la sombra oscurecía ya la anchurosa rada.

Aquella vez hubiera podido creer la tripulacion que la *Karysta* iba á fondear en Navarino, pues, en efecto, entró resucitamente en el paso de Megalo-Thouro, al Sur de la angosta isla de Sphacteria, que se desarrolla en una longitud de cuatro millas por lo ménos. En aquel sitio se levantaban ya dos tumbas erigidas á la memoria de las dos victimas más nobles de la guerra; la del capitán Frances Mallet, muerto en 1825, y en el fondo de una gruta, la del Conde de Santa Rosa, un italiano amigo de Grecia, antiguo ministro del Piamonte, que falleció en el mismo año por defender la misma causa.

Cuando la sacoleva estuvo á distancia de unos diez cables de la ciudad, puso de través su foque. Á la punta de la antena fue izado, como ántes se hizo con el gallardete, un farol rojo; pero tampoco tuvo respuesta la señal.

La *Karysta* no tenía nada que hacer en aquel puerto, donde entonces podía contarse un gran número de buques turcos, y maniobró de manera que fuese costeando el islote blanquecino de Kaloneski, situado así en medio de la rada. Luégo, por orden

del patron, se bargaron las escotas, se puso la barra á estribor, con objeto de dirigirse á la Sphacteria.

En aquel islote de Kaloneski fué donde algunos centenares de turcos, sorprendidos por los griegos, quedaron confinados al principiode la guerra en 1821, y allí murieron de hambre, por más que se habian entregado bajo promesa de que serian conducidos al pais otomano.

Despues, en 1825, cuando las tropas de Ibrahim sitiaron á Sphacteria defendida por Maurocordato en persona, fueron allí degollados por represalias ochocientos griegos.

La sacoleva se dirigia al paso de Sikia, de unos doscientos metros de ancho, abierto al Norte de la isla entre su punta septentrional y el promontorio de Coryphusion. Era preciso conocer muy bien el canal para aventurarse en él, porque es casi impracticable para los buques cuyo calado exige alguna profundidad. Pero Nicolas Starkos, como si hubiera sido el mejor piloto de la rada, costó atrevidamente las escarpadas rocas de la punta de la isla, y dobló el promontorio de Coryphusion. Luégo vió en la parte de fuera algunas escogadas ancladas—unos treinta buques, franceses, ingleses y rusos—y evitando con pendencia el acercarse á ellos, navegó durante la noche á lo largo de la costa mesenia, se deslizo entre la tierra y la isla de Prodania: Á la mañana siguiente, cuando amanecía, la sacoleva, empujada por una fresca brisa del Sudeste, seguia las sinuosidades de la costa en las tranquilas aguas del golfo de Arkadia.

Empezaba el sol á mostrarse por encima de la cumbre de aquel Ithome, desde donde la mirada, despues de haber abarcado el emplazamiento de la antigua Mesania, va á perderse por una parte en el golfo de Coron, y por otra, en el golfo á que ha dado su nombre la ciudad de Arkadia. El mar centelleaba en largas pliecas, agitadas por la brisa á causa de los primeros resplandores del astro del día.

Desde que habia apuntado el alba, Nicolas Starkos maniobró de modo que pudiera pasar muy cerca de la ciudad, situada en una de las concavidades de la costa, que se redondea para formar una anchurosa rada en herradura.

Á las diez se presentó el patron en la popa de la sacoleva, colocándose delante del capitán en la actitud de un hombre que espera órdenes.

La inmensa red de montañas de la Arkadia se desplegaba entonces al Este. Pueblos perdidos á media ladera en los espesos bosques de olivos, de almendros y de copas; arroyos corriendo hácia el lecho de algún tributario entre bosquillos de nirtos y laureles; más allá, colgidos de todas las alturas en todas las repliegues, siguiendo diversas orientaciones, velanse millares de plantas de aquellas famosas viñas de Corinto que no dejan una pulgada de terreno desocupado; más abajo, en las primeras pendientes, las rojas casas de la ciudad, reluciendo como grandes pedruzcos de estameña en el fondo de una cortina de cipreses.

(Se continuará.)

AVENTURAS DE UN PILLUELO DE PARÍS EN OCEANÍA,

POR LUIS BOUSSENARD.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCIA LOPEZ.

El salvaje, viéndose desarmado, quedó un momento pensativo; despues, temiendo con razon las represalias, y asombrado sin duda por la invulnerabilidad de los hombres blancos, dió un grito y echó á correr con todas sus fuerzas.

Á los pocos instantes habia desaparecido.

—¡Buena suerte le tenido!—exclamó Friquet.—Este beneficio se lo debo á nuestro pirata americano.

—¿Qué dices?—repuso Pierre le Gall, emocionado todavía en vista del peligro, al cual su amigo escapó milagrosamente.

—Es muy sencillo. Si aquel pilló no nos hubiera tenido atados, yo no hubiera necesitado quince dias y quince noches para romper la ligadura que tenía en el brazo izquierdo. En la precipitación de nuestra huida, no me acordé de quitarme el brazalete que tenía en el brazo, y ahora he tenido la suerte de que la lanza haya venido á chocar precisamente en él.

—Por eso dicen que no hay mal que por bien no venga.

—Me hubiera atravesado el brazo, cortado quizá una arteria, y ademas, ¿quién nos dice que la punta de la lanza no estuviera envenenada? Es preciso andar listos, pues, ó mucho me engaño, ó dentro de poco recibimos la visita de algunos de esos salvajes.—Hubiera debido darle el pañuelo.

—¿Por qué? Ese tejido de color encarnado hecho trozos puede servirnos como de mercenías para hacer cambios.

La guerra está declarada; procedamos con cautela; tengamos cuidado, si no queremos terminar nuestros dias en el estómago de uno de esos bárbaros. Veamos el estado de las armas. Dos hachas, dos sables de abordaje, dos fusiles y veinte cuchillos.... Tenemos armas de sobra. Volvamos á la balsa para poner nuestras provisiones en lugar seguro; si nos atacan, nos defenderemos enérgicamente.

Mientras marchaban, siempre alerta, los dos amigos no cesaban de hablar sobre aquel primer encuentro.

—Está visto—decía Pierre—estos salvajes son antropófagos.

—Sin duda, y no me extrañaría que su mástil de proa fuera un trozo de hueso humano, transformado en objeto de toilette.

—Pero este negro no se parece á los demas que yo he visto. Es ménos negro que los africanos, y el pelo, dispuesto en forma de cepillo, no es crespuado como el de aquéllos. Tiene la nariz larga y no aplastada como los habitantes de las costas de Guinea.

—¡Bravo, Pierre! has hecho el retrato exacto de un papou.

—¿Pero qué es un papou? Explicámelo, me alegraría saberlo.

—Me es muy fácil. He tenido ocasion de estudiar esta cuestion durante mi primera travesía de Marsella á Suaoatra. Me acuerdo como si fuera ahora.

—Habla, pues, sin dejar por eso de estar en guardia.

—Lo que te voy á decir lo he leído en una obra traducida del inglés, por el señor Russel Wallace, hombre que conocía á fondo el pais en que ahora nos encontramos.

«Wallace, habiendo servido en los mapas marítimos las sondas de toda esta porcion de islas é islotos que se extienden entre la Indo-China, la Nueva Guinea y la Australia, ha observado que todas estas tierras se apoyan sobre dos lomas de altura muy diferente.

—Como si dijéramos, que en un lado escasamente se podría tomar un baño de piés, y en el otro desaparecía un navio de tres puentes.

—La diferencia, aunque ménos sensible, es, sin embargo, muy considerable. La loma situada al Este tiene una profundidad de más de cien brazas (1), y la que se encuentra al Oeste tiene tan sólo cincuenta brazas.

—¿Cincuenta brazas, una miseria!

—Entre estas dos lomas submarinas se encuentra un corte profundo, cuya profundidad no ha podido todavía medirse, y que se extiende del Sudoeste al Nordeste. En este valle sin fondo existe una corriente considerable, que pasa entre Bali y Lombok, entre Borneo y las Célibes, entre las islas Filipinas y las Molucas.

—Lo que me cuentas es de mucha utilidad. Cuando se conoce la direccion de una corriente submarina, se tiene una ayuda considerable. ¿Qué salido te has vuelto!

—Memoria, solo memoria—repuso modestamente Friquet.

La geografía es mi pasión. Continúo; no te distraigas.

—Entendido; me hago un mudo en la lengua.

—Una de estas lomas, la más profunda, es la continuacion de la India, es decir, del Asia. La otra es la prolongacion de la Australia, resta quizás de algun gran continente, cubierto hoy por las aguas, y cuyos únicos restos son las islas de la Oceanía. Tenemos, pues, dos continentes bien distintos, reforzados por el valle submarino. La diferencia de productos es por lo ménos tan sensible como la situacion geo-

(1) Cada brasa tiene cinco piés, ó sea 1,62 metros.

gráfica. En el Oeste, es decir, Sumatra, Bali, Java, Borneo, las islas Filipinas, se encuentran elefantes, rinocerontes, orangutanes y todos los pájaros del Asia. Allí habita la raza malaia, de rostro oscuro, de cara aplastada, de nariz pequeña, de pelo negro y liso, de pequeña estatura, de carácter desconfiado, aunque calmoso, impasible y poco afectuoso.

— ¡Bravo! ése es el retrato de los malaies de Sumatra; el retrato es perfecto.

— Al Este, es decir, á partir de Lombok, se hallan seres completamente distintos. No se encuentran allí más que los vegetales de la Australia, que conoce perfectamente, y los de Nueva Guinea. Allí moran los papuas, de los cuales acabas de ver hace poco una muestra. Son negros, pero completamente diferentes de los africanos. Tienen color de sebo, no tienen el pelo encrespado, sino rizado, y nariz larga. Tienen un carácter, según dicen, amable y alegre, la palabra rápida y expresiva, y son muy comunicativos. Siempre están en movimiento, y tienen una actividad prodigiosa.

— Desgraciadamente, les falta tener respeto á la propiedad ajena, y los gustan demasiado sus semejantes, puesto que se los comen.

Nuestros dos compañeros no habían estado parados durante esta interesante disertación geográfico-etnográfica, que demostraba que el joven había sabido aprovechar el tiempo libre que una vida, por otra parte muy agitada, le había dejado.

Mientras escondían entre las rocas los objetos que acompañan el cargamento de la balsa, tratando de disimular lo mejor posible los sitios en que ocultaban algo, el viejo marinero no cesaba de asombrarse de la erudición de su amigo.

— Eres un verdadero brujo. ¿Cómo demonios has podido meterle todas esas cosas en la cabeza? Te he tenido siempre por un marino listo aunque parlase (1); firme siempre en tu puesto. Pero veo que hablas como un consumado marino. En fin, eres un verdadero hombre de mar cual si hubieras nacido en Comquet ó en Saint-Malo, y me asombra la facilidad con que refieres esas historias.

— Vamos, Pierre, exageras un poco.

— Nunca. El aprender á cumplir mi obligación á bordo me ha costado mucho tiempo. Nunca he podido aprender nada con los libros; pero es curioso, cuando tú me refieres tus historias, las comprendo perfectamente y no las olvido.

— Sin embargo, sé muy poco. Hay tantas cosas de las cuales no sé ni aun el nombre, que me avergüenza de tus elogios, hijos sin duda de tu fraternal amistad. ¿Me preguntas cómo he aprendido lo que sé? Es muy sencillo. Sabes cuál ha sido mi afición á los viajes y cómo esa inclinación infantil ha degenerado en frenesí. Te acuerdas sin duda del día de mis comienzos. Tenía diecisiete años; había hecho muchas cosas y ninguna buena. Después de haber visto representar en el teatro de la Porte Saint-Martin *La Vuelta al mundo en ochenta días*, me volví loco y salí de París. Llegué al Havre con cinco francos en

el bolsillo, y con el deseo de dar yo también la vuelta al mundo como el héroe del gran escritor que se llama Julio Verne. ¿Cosa extraña! me he salido con la mía. Unas veces como grunete en un vapor transatlántico, otras veces fogonero, otras embarcado en un navío del Estado, he sido sucesivamente prisionero de los antropófagos del Agoué, el río francés del África ecuatorial; después compañero de un tratante en esclavos; luego me embarcaron á la fuerza en un vapor negro, después de haber recorrido á pié no sé cuántos miles de kilómetros del África.

He atravesado la América del Sur, he recorrido las Pampas argentinas, casi me he ahogado en las lagunas, me he visto martirizado por los piche-rojos, he atravesado la cordillera de los Andes en un globo de mi invención, he combatido con los piratas.

— ¿Y qué es lo que encuentras sencilla en todo esto?

— La continuación. He hecho dos amigos durante mi viaje alrededor del planeta: Mr. André y el doctor Lampicrière. He encontrado además un hermano; tú. Las impresiones de mis viajes formaban en mi cerebro una novela espantosa. Cuando quise clasificar mis recuerdos, no supe por dónde empezar.

— Entonces intervino Mr. André. Me mandó olvidar todo por el momento.

— Después me colocó delante de una esfera, tan grande como un baul-mundo, me dió una Geografía y me dijo: «Estudia.»

— Empecé; tenía la cabeza dura, muy dura. Viendo que adelantaba poco, robé tres horas todas las noches al sueño; sin decir nada á nadie, apoyada en mis manos la cabeza y con el libro delante, inmóvil como un hombre de madera, me aprendí de memoria, línea por línea, el dichoso libro. Era un trabajo estúpido, digo mal, el trabajo no puede ser nunca estúpido; pero era inútil. Eso creía. También me equivocaba. Aquel estudio me dió el conocimiento. Reflexioné poco á poco involuntariamente sobre las palabras que había aprendido, y de aquellas reflexiones brotaron las ideas. Estaba salvado. Había empezado por el fin. Estudié del mismo modo la esfera terrestre por el mismo procedimiento. Tomé cada cuadrado formado por la intersección de los meridianos y de los paralelos, me aprendí de memoria todos los nombres que se hallaban en cada cuadrado, fijándome también en la memoria la configuración de las costas, rios, montañas y límites políticos de cada país. Aquello era para mí un verdadero rompe-cabezas; pero al fin pude llegar á término de mi empresa. Monsieur André, que fué mi profesor, y excuso decirte si necesitaría paciencia, me dijo: «Früquet, cierra la Geografía, vuélvete de espaldas á la esfera y hazme la relación de tu viaje al redor del mundo.»

— Sentí un calor que me subía de los pies á la cabeza, y me quedé sin poder decir nada. Ni aun cuando estuve expuesto á ser comido por los salvajes estuve tan impresionado.

— Monsieur André se sonrió.

— Yo recobré la serenidad. Uegé una hoja de papel y un lápiz y me puse á trazar meridianos y paralelos y

(1) Durante mucho tiempo, el epíteto de *parlante* se ha usado en marina como un calificativo despreciativo.

á marcar los diferentes países por mí recorridos. No podré decirte el tiempo que tardé; una hora, un día, no lo sé. Cuando acabé, Mr. André continuaba escribiéndose; en cuanto á mí, sudaba copiosamente y hasta creo que tenía calentura.

»Tomó mi córcuís, lo examinó, me alargó la mano y me dijo: «Muchas gracias.»

»Como tú sabes muy bien, no soy muy impresionable; sin embargo, en aquel momento tenía ganas de llorar. Después añadió: «Muchas gracias, Friquet. Acabas de proporcionarme una de las mayores alegrías que he sentido en mi vida.»

»Hace de esto dos años, y no he olvidado estas palabras. No te extrañe, pues, si con un poco de trabajo he podido llegar á tener algunos conocimientos.»

Los dos amigos, extasiados con la relación de los recuerdos del pasado, habían abandonado un poco la vigilancia.

Un ruido seco, producido por la caída de una piedra del tamaño de un huevo de gallina, los tornó á la realidad.

—¿Qué es esto? ¿Piedras aquí!—gritó el parisiense.

Una segunda piedra negra pasó silbando. Al mismo tiempo unos diez salvajes aparecieron y se pararon á unos cuarenta pasos de los dos amigos, gritando y amenazándolos con sus lanzas.

Pierre le Gall, sin hacer caso de aquella tumultuosa demostración, cogió con toda tranquilidad la primera piedra, extendió el brazo, y con un brusco movimiento lanzó el proyectil con tanta furia y destreza, que cayó en medio del grupo de salvajes.

—Podrá este arma seros familiar, amigos míos, pero no podeis conuigo.

Los salvajes tuvieron una conferencia, y luego viendo que sus enemigos no parecían poseer armas peligrosas, se arrojaron sobre ellos, saltando y con las lanzas en ristre.

Simultáneamente los dos amigos desenvainaron los sables de abordaje y se pusieron en guardia, de espaldas uno á otro, con lo cual se defendían de todo movimiento envolvente.

—Atención. Una... dos.....—exclamó el viejo marino, haciendo un magnífico molinete con su sable en el momento que los salvajes caían sobre él.

—Una..... dos.....—repuso Friquet, haciendo lo mismo.

Se oyó un chasquido metálico, y cuatro puntas de lanzas cayeron al suelo, mientras los mangos, perfectamente inútiles, quedaban en manos de los guerreros.

—¿Qué tal?

—Nosotros somos así.

—¿Á quién toca ahora?

Los sables de los dos naufragos continuaban moviéndose y rompiendo lanzas.

—Vamos—exclamó Friquet—si no tenéis más armas que las piedras, que sirven sólo para derribar la fruta de los árboles, y estas lanzas, es inútil que nos declareis la guerra. Por otra parte, somos unas buenas personas, pues á haber querido hubiéramos podido cortar, no sólo las puntas de las lanzas, sino también los brazos que las sostienen. Retiraos á vues-

tras casas, no seáis tontos, y dejadnos tranquilos.

Los negros, asustados ante aquel discurso, y sobre todo ante la enérgica defensa de los dos amigos, se retiraron.

—Vamos aprisa; al trote, á os vamos á hacer ir al galope dándoos en las espaldas.

—Vaya, buenas noches.

En efecto, el sol desaparecía del horizonte con la rapidéz especial de los países cercanos al Ecuador.

En algunos minutos las tinieblas iban á invadir aquellas regiones, sin que precediera el crepúsculo.

Pierre y Friquet se instalaron cómodamente en la balsa, y se durmieron como los soldados, es decir, de un ojo.

Apénas había dos horas que descansaban, cuando fueron despertados por unos gritos espantosos.

Coger sus armas, ponerse á la defensiva, fué para ellos cosa de un momento.

Un resplandor se veía á lo léjos en el bosque, como si fuera una mancha roja en el horizonte negro.

Los gritos continuaban sin interrupción, y se oían con una gran intensidad.

—Se matan allí, sin duda—dijo Pierre le Gall.—Es espantoso. Quinientos hombres asesinados no clamarían tanto. ¿Qué será?

—Es terrible—repuso Friquet.—Prepararan un ataque contra nosotros? No es probable. Ésos gritos son los últimos lanzados por los seres humanos en la agonía.

—¿Qué hacer?

—Ir á ver lo que es. Estos salvajes ignoran sin duda el uso de las armas de fuego. No tienen arcos, se sirven sólo de sus lanzas, las que, unidas á las piedras, no son de temer.

—Tienes razón. Quizá sean naufragos del navio. Los chinós tal vez.

Hubo unos segundos de calma; despues los gritos volvieron á empezar, pero entrecortados como el último grito de un orgaismo expuesto al suplicio: gritos de lietas.

Despues el resplandor aumentó, y las llamas, activadas por una multitud delirante, tomaron un incremento espantoso y llegaron hasta los árboles gigantescos.

Obedeciendo á los impulsos de su generoso instinto, los dos blancos abandonaron la balsa. Corrieron en medio de la noche, guiados sólo por la luz del incendio. Corrían sin mirar ni considerar el peligro, dispuestos á sacrificar su vida en favor de los desgraciados cuyos gritos les habían aterrado.

¿Será tarde?

Llegaron, en fin, á un vasto claro, alumbrado por los troncos resinosos que ardían completamente.

Aunque acostumbrados á todas las atrocidades que puede cometer el hombre primitivo, un grito de terror, de espanto, salió de sus pechos al contemplar el espectáculo que se ofreció á sus ojos.

Todos los chinós pasajeros del *Leu-Tien* estaban allí asesinados por los salvajes. Habían llevado la crueldad hasta el extremo, colgándolos unos al lado de otros de las ramas más bajas de los árboles, de modo que los pies tocaban casi al suelo.

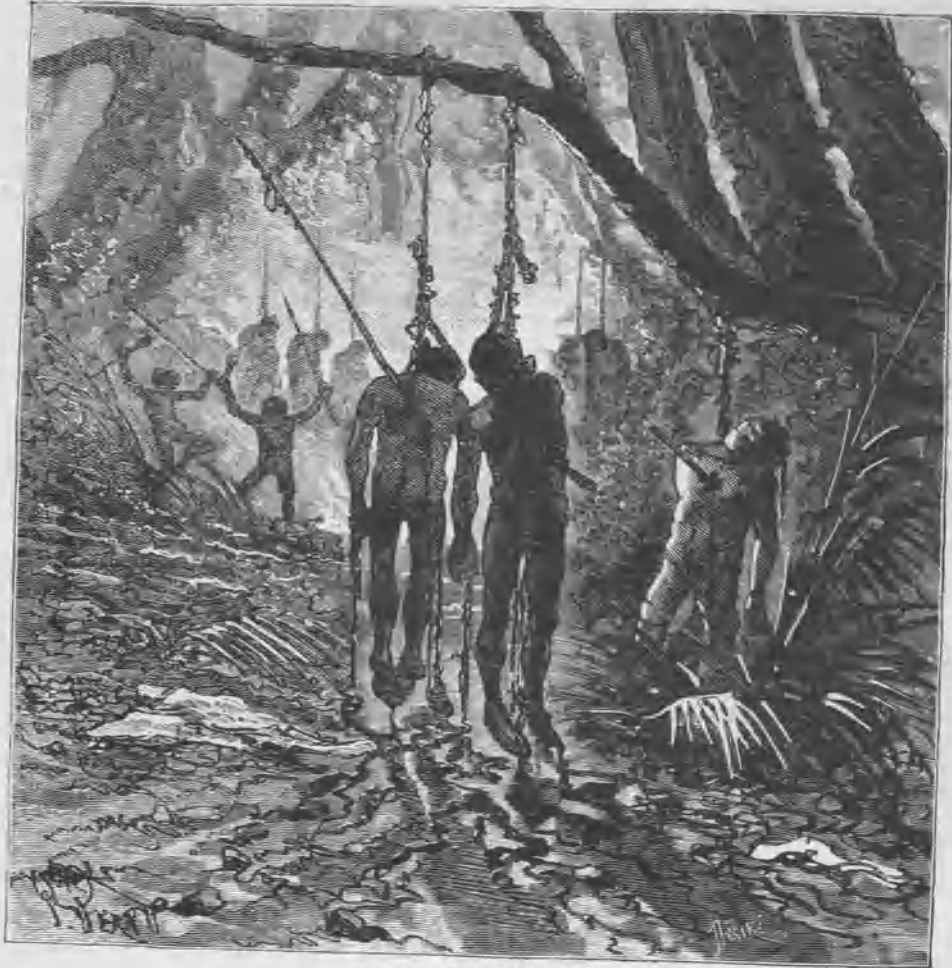
Después, todos los insulares, siete á ochocientos individuos lo ménos, hombres, mujeres (éstas quizás más encarnizadas), niños, se arrojaron sobre los desgraciados chinos, los sangraron vivos, enal reses en el matadero, y después de haber recogido la sangre y haberla bebido con avidez, los destrozaron con sus cuchillos y sus hachas.

CAPÍTULO V.

Primeros descubrimientos en Oceanía.— Los navegantes de los siglos XVI, XVII y XVIII.— Magallanes, Mendana, Mendoza, Drake,

Cavendish, Simon de Cordes y Sebald de Welt.— Hernando de Quiros, Torres Lemai, Nuyts, Haring, Carpenter, Eleta, Abel, Tasman, Cowley y Roggewin.— El comodoro Byron, Wallis, Carteret y Dampier.— Cook, Bougainville y La Perouse.— D'Entrecasteaux, Baudin, Krusenstern y Kotzebue.— Freycinet, Baudin y Dumont d'Urville.— Una orgía de carne humana.— Los canchales del mar de coral.— Demasiado tarde.— El autopsoperviviente de los trescientos chinos.— El grumete del *Lao-Tsu*.

Exceptuando las desoladas tierras ante las cuales se extiende, en los alrededores de los dos polos, el verdadero caos de hielo hasta ahora infranqueable, la



Todos los chinos del *Lao-Tsu*.

configuración de las costas de los diferentes continentes son suficientemente conocidas, para no necesitar más que el trabajo de un estudio detallado, muy importante sin embargo. Del mismo modo, las islas grandes ó pequeñas que se encuentran en los diferentes océanos están en su casi totalidad indicadas en los mapas.

La tierra pertenece al hombre; la era de los gran-

des descubrimientos geográficos ha pasado; los nombres y proezas de Colon, Magallanes y Cook pertenecen ya á la leyenda.

Y sin embargo, quizá en ninguna época la humanidad se ha hallado poseída de una fiebre de descubrir nuevas tierras como al presente.

Puesto que las exigencias de nuestro relato, verdadero, como todos los que salgan de nuestra pluma, nos

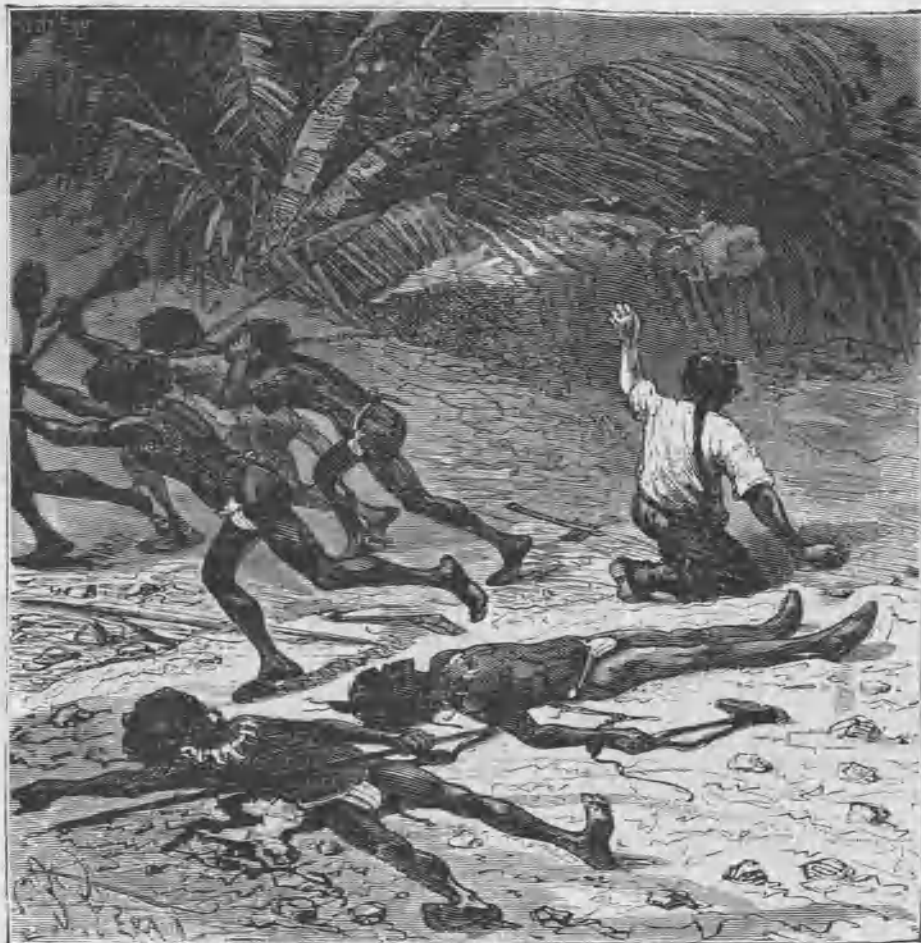
transportan á Occanía, recordáremos en breves líneas quiénes son los hombres á los que debemos el descubrimiento de esas lejanas tierras.

El primero que se lanzó en el Océano con la esperanza de abrir un nuevo camino á los futuros exploradores, fué el portugués Magallanes, al servicio de

España, enviado por Carlos I para la busca de un paso por el Sur para llegar al Pacífico.

Magallanes salió con cinco navios, Tres de sus capitanes se sublevaron en el camino. Se quedó con sólo dos barcos. ¡Qué importa!

Nada le arredra.



Semabui nuestro libro.

El 21 de Octubre de 1520 penetró en el estrecho que lleva su nombre. Lo atraviesa, avanza hacia el Pacífico, dirigiéndose hacia el Oeste-Nord-Oeste hasta el Ecuador, que atraviesa á 9,808 millas del estrecho, y hacia los 170° de longitud oriental del meridiano de París descubre un grupo de islas importante, situado entre los paralelos 13 y 2.º, á cuyas tierras dió el nombre de islas de los Ladrones, á causa de la natural inclinación de los habitantes al robo.

Estas islas se llaman hoy las Marianas.

Magallanes no pudo gozar del fruto de sus trabajos. Fué muerto el 5 de Abril de 1521, en una esca-

ranza defendiendo á uno de los reyes salvajes contra su competidor.

Después de tres tentativas inútiles de Carvajal, Ladrilleros y Alfonso de Salazar, Alvaro de Saavedra descubrió, en el momento en que pensaba volverse á Méjico, una gran extensión de tierra al Norte de Gilo.

Le dió el nombre de Nueva Guinea, por creerla situada al extremo opuesto de la Guinea africana.

En 1533, Hurtado, y después Juan Gaetan, exploraron el mismo camino, pero sin resultado conocido.

Mendaña y Mendoza aparecen, y descubren en el Pacífico un grupo de islas que llaman islas Salomon, á causa de sus riquezas. Descubrieron también las islas Isabel, Malaíta, Florida y las Marquesas, que fueron de nuevo vistas por Cook en 1794, Marchand y Vancouver en 1791, Krutzenstein en 1804 y David Porter en 1813.

El célebre almirante inglés Drake renovó en 1577 el proyecto audaz de Magallanes.

Hizo un viaje de tres años y descubrió un gran número de islas, á las que desgraciadamente no señaló una posición fija.

En 1586, Tomás Cavendish dió la vuelta al mundo. Salió de Plymouth, atravesó el Océano y el estrecho de Magallanes, renombró el Pacífico, tocó en las islas de los Ladrones, y volvió á Europa por las Molucas y el cabo de Buena Esperanza.

Dos marinos holandeses, Simon de Cordes y Sebald de Wert, atravesaron el estrecho de Magallanes y avanzaron, el primero hasta el Japon, y el segundo hasta las islas Filipinas (1593-1601).

Tales fueron los descubrimientos llevados á cabo en el siglo XVI.

El siglo XVII fué más provechoso.

El piloto de Mendaña, Hernando de Quiros, inauguró aquel brillante período; descubrió sucesivamente Taiti, la isla de Maitea, de San Juan Bautista y, en fin, la tierra austral del Santo Espíritu.

Torres, compañero de Quiros, pasó entre la Nueva Holanda y la Nueva Guinea, y dió su nombre al estrecho que separa ambas tierras (1608).

En 1616, dos holandeses, Lamairé y Schouten, descubren al Sur del estrecho de Magallanes un nuevo paso, que lleva el nombre de estrecho de Lemairé; debían el cabo de Hornos, descubren la isla Hood ó isla de las Perros, la isla de los Cocos, la isla de los Traidores y, en fin, el grupo de la Nueva Irlanda.

Mientras que Nuyts, Hortog, Carpenter, Edels y Witt reconocían diferentes puntos del continente que hoy día se llama Australia, otro holandés, Abel Tasman se immortalaba por el descubrimiento de la Nueva Zelanda y de la tierra de Van Diemen. Terminó tan admirable viaje, estando de vuelta en Batavia el 15 de Junio de 1643.

En 1663, el inglés Cowley recorrió las islas de los Galápagos; el almirante holandés Roggewin descubrió las islas de las Pascuas, la isla Vesper y el Laberinto.

El conodoro Byron levantó el primer mapa del estrecho de Magallanes, el cual trazó la configuración. Descubrió el archipiélago Peligroso, el grupo del Rey Jorge, llamado Tokea por los indígenas, la isla del Príncipe de Gales, entre el Laberinto y la isla Perniciosa.

Byron volvió á Europa en el preciso momento en que Wallis y Carteret partían separadamente para los mares del Sur.

Wallis descubrió sucesivamente las islas de la Reina Carlota, de Pentecostes, de Scilly, de Lord Hood, Bascaven, Kroeppel y las Pescaduras.

Carteret descubría mientras tanto la isla de Pit-

caira, de Osnabrück y Gloucester (1766-1766).

El célebre Bougainville atravesó en la misma época el estrecho de Magallanes, descubriendo poco después las islas de las Lanzotas y del Harpa.

(Se continuará.)

LA JORNADA DE SAN BARTOLOMÉ.

(CUADRO DE MR. PAUL DE LAROCHE.)

En su cualidad de pintor de historia, género en el cual conquistó Mr. Paul Delaroche (muerto en 1856) una reputación que coloca su nombre al nivel de los más ilustres de la moderna escuela francesa, no podía dejar de consagrar una de las inspiraciones de su rico pincel á un suceso histórico de tan grave trascendencia, y que aun hoy día es objeto de tan acaloradas polémicas, como el que tuvo lugar en la capital de Francia durante la noche del 24 de Agosto de 1572, bajo el reinado de Carlos IX, generalmente conocido con el nombre de la *Saint-Barthélémy*.

Nadie seguramente ignora las causas que determinaron aquella funesta jornada, en la cual pereció el almirante Coligny, cuya cabeza fué embalsamada y remitida á Roma, y con él gran número de hugonotes, que Solly hace ascender á setenta mil, cifra evidentemente exagerada.

Lapopelinière asegura que fueron veinte mil: el martirologio de los calvinistas evalúa el número de hugonotes muertos en más de diez y seis mil, pero sólo indica los nombres de unos ochocientos; por último, el abate Caveirac cree que pueden reducirse á dos mil.

Entre ellos perecieron también un pocos católicos, víctimas de venganzas particulares, como el ilustre Pedro Rannes, que fué asesinado por orden de un profesor de su colegio.

Horrible y todo, la hecatombe de la *Saint-Barthélémy* ha inspirado á las letras, á la música y á la pintura notables producciones, entre las cuales figura dignamente el cuadro de Delaroche, cuya copia publicamos en el presente número.

SONETO.

Soñaba un pobre ciego que veía,
Y loco de entusiasmo se agitaba,
¡Con qué delirio á su mujer miraba,
Y qué divino sér le parecía!

— ¡Oh, qué dón es la vista! — le decía, —
Cuando, de pronto, el sueño que gozaba,
Le presentó la esposa que adoraba
En brazos de un amigo que tendía.

Dió un rugido furor, y despertando,
— ¡Alto pronto esa reja! ¡Te lo ruego! —
Le dijo á su mujer casi llorando.

Y al ver que no veía, exclamó, luégo
Que se fué poco á poco serenando:

— ¡Oh, qué dicha, Señor, es el ser ciego!

CONSTANTINO GIL.

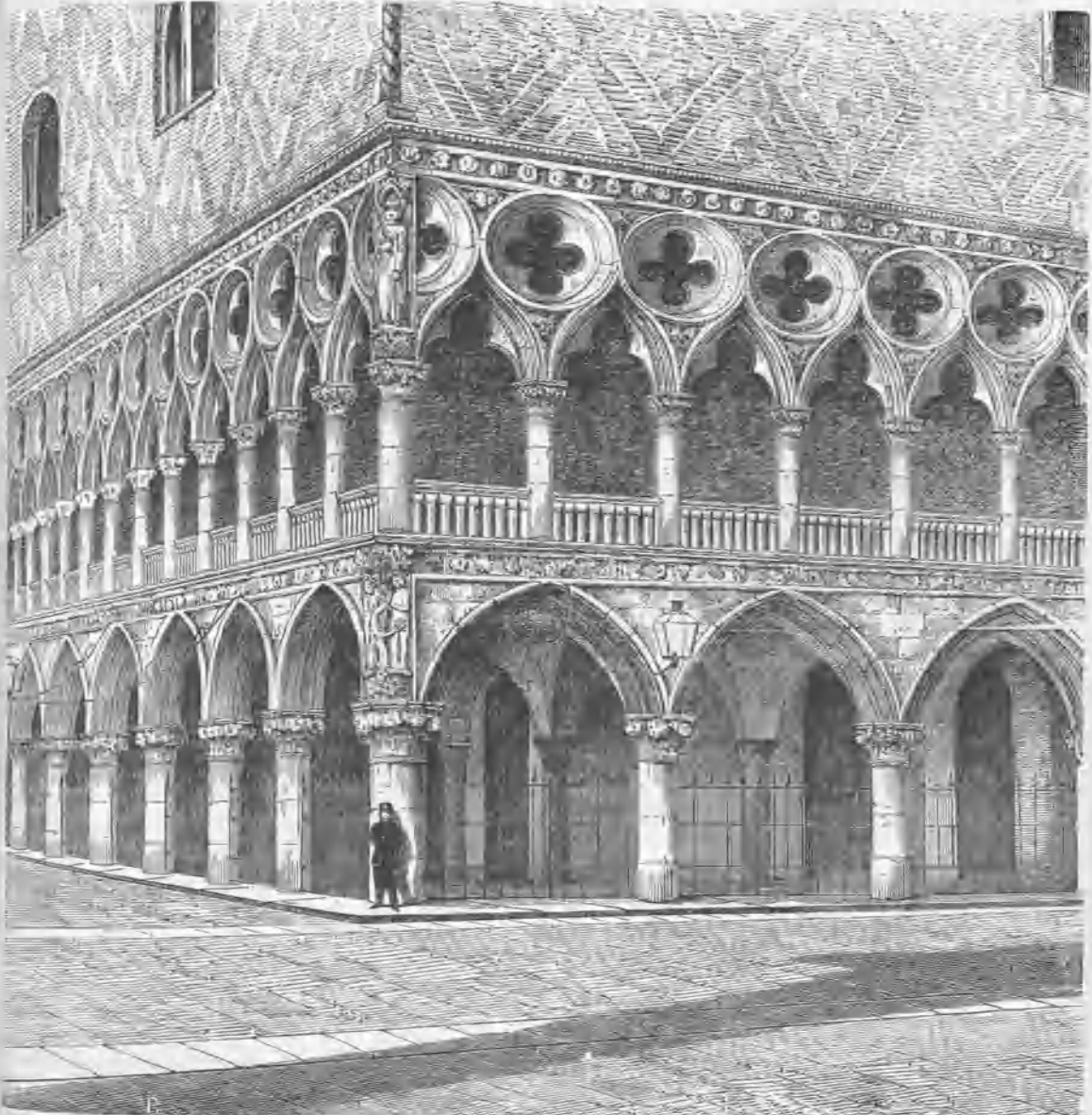
EL PALACIO DUCAL DE VENECIA.

Entre los múltiples monumentos que en la destronada reina del Adriático llaman la atención del viajero, sobresale, así por su fábrica como por sus re-

cuerdos históricos, el palacio ducal ó del Dux, en la gran plaza del mismo nombre.

Allí reuníase la celebre Inquisición de aquel imponente Estado, tan grande en su exterior como de organización vieiosa y deleznable.

Aun subsiste la célebre puerta de la *Curtia*, que



EL PALACIO DUCAL EN VENECIA.

calaza el recuerdo de su existencia con el del dux Foscari.

Allí se encuentra también la galería del *Bradiv*, donde los grandes de Venecia se reúnen para tratar

de los asuntos de la aristocrática república; la célebre escalera de mármol blanco en que se verificaba la coronación del Dux al día siguiente de su elección, y entre dilatados salones, ricos todos ellos en

joyas artísticas, á que dieron vida genios como Verones y Tintoretó; sobresale la sala de las cuatro puertas, sala entre cuyos magníficos frisos y cuadros se presenta el admirable paraíso del Tintoretó.

El palacio de los Dux de Venecia evoca tantos recuerdos, alegres los unos, tristes los otros, sombríos aquéllos, pero tan grandes todos, que es imposible visitarle bajo el punto de vista artístico solamente; cada una de sus piedras conserva un recuerdo, y por eso hemos dicho que, después de estudiarle, más se puede, ante su majestuosa mole, sentir que analizar.

DATOS BIOGRÁFICOS DE LONGFELLOW.

Enrique Wadsworth Longfellow nació el 27 de Febrero de 1807 en la ciudad de Portland (estado de Maine) y entró de catorce años de edad en el colegio de Bowdoin, en Brunswick, donde á los cuatro años tomó su grado con altos honores. Siendo todavía estudiante había ya escrito varios poemas llenos de gusto y esmeradamente trabajados, para la *Gaceta Literaria de los Estados Unidos*; mas, á pesar de esta evidente predilección por la carrera de las letras, Longfellow se dedicó á la de las leyes. Durante algunos meses del año 1825 se ocupó en el estudio del Derecho, en el bufete de su padre. El poeta en embrión no debió de encontrar el estudio de las leyes muy propio para sus gustos y aspiraciones; y habiéndosele ofrecido la cátedra de idiomas modernos en el colegio de Bowdoin, se preparó para su desempeño con una larga visita á Europa.

Antes de regresar á América, Longfellow visitó la Francia, Alemania, Italia, España, Holanda é Inglaterra, estudiando con el mayor celo la lengua y literatura de cada país. Después de una aprovechada ausencia de cuatro años tomó posesión de su cátedra de Bowdoin. Esto pasaba en 1829; contaba entónces el joven sólo veintidos años.

Miéntas desempeñaba su cargo de profesor, prosiguió su carrera literaria con celo infatigable. Además de colaborar con valiosas críticas en la *Revista Norte-Americana*, publicó en 1833 una traducción de las célebres coplas españolas de Jorge Manrique á la muerte de su padre, precediéndolas de un estudio sobre la poesía española; y en 1835, su *Outre-Mer*, serie de descripciones en prosa y reflexiones, en estilo algo semejante al de Washington Irving.

El mismo año que dió á luz esta última obra (1835), gozando ya de cierta reputación, fué nombrado para la cátedra de Lenguas modernas y Bellas Letras del colegio de Harvard, en Cambridge. Longfellow entónces dejó nuevamente su tierra natal, y se embarcó para la Europa del Norte, con objeto de aprender bien las lenguas y literatura de Dinamarca y Suecia. También visitó Alemania y Turquía. Duró su ausencia de América unos doce meses.

Alentado por sus triunfos, Longfellow publicó en 1839 el *Hyperion*, novela cuyas escenas se han supues-

to estar sacadas de algunos acontecimientos de su propia vida, y á esta obra, que obtuvo gran favor entre los lectores cultos é inteligentes, siguieron las *Voces de la Noche*, su primera colección de poemas. En 1841 aparecieron sus *Baladas y Poemas*; en 1842, los *Poemas de la Esclavitud*; en 1843, la comedia titulada *El Estudiante español*; y en 1845, *Los Poetas y la poesía de Europa* y *El Campanario de Brujas*. Antes de esto, en 1842, había vuelto á visitar Europa.

Llevando así algunos años de cultivar sus dotes poéticas naturales y hecho ya uno de los versificadores más hábiles de su tiempo, Longfellow publicó en 1847 su *EVANGELINA*, melancólica leyenda en exámetros, tentativa no poco arriesgada, según los críticos, para un poeta de reputación, pero que él supo llevar á cabo con gran éxito. En 1848 dió á la estampa su cuento de *Kavanaugh*; en 1849, *A la orilla del mar* y *Junta á la chimenea*, y en 1861, la *Leyenda Aurica*, obra cuyas exquisitas bellezas acabaron de sentar la reputación de su autor, y le granjearon no pequeña cosecha de elogios.

Á pesar de estar continuamente publicando pequeños poemas y otras trabajos literarios, hasta 1855 no imprimió su *Canta de Hiawatha*, poema digno de su acendrado genio y su talento. En él rivalizan la delicadeza del sentimiento, el arte literario, la elegancia del estilo y la exquisita sencillez de la expresión, que habían caracterizado sus otras obras y hecho famoso su nombre como el de uno de los grandes poetas de la época. Acerca de este poema opinó el *Spectator* que es como interpretación juguetona y tierna del modo como las tribus indígenas, que viven en el seno de las maravillas más grandes de la Naturaleza, aborizan las transformaciones que ven y se miden á sí mismos por comparación con las fuerzas y las criaturas que les rodean, no hay, ni ha habido jamás, nada semejante en ningún idioma.

Otra colección de poemas, titulada *Aves de poca*, apareció en 1868; siguióla *Miles Standish*, en 1859.

En 1861 aconteció á nuestro autor una gran desgracia: su esposa murió quemada viva.

En 1863 se publicaron los *Cuentos de una posada junto al camino*, y en 1867 la traducción del *Dante*.

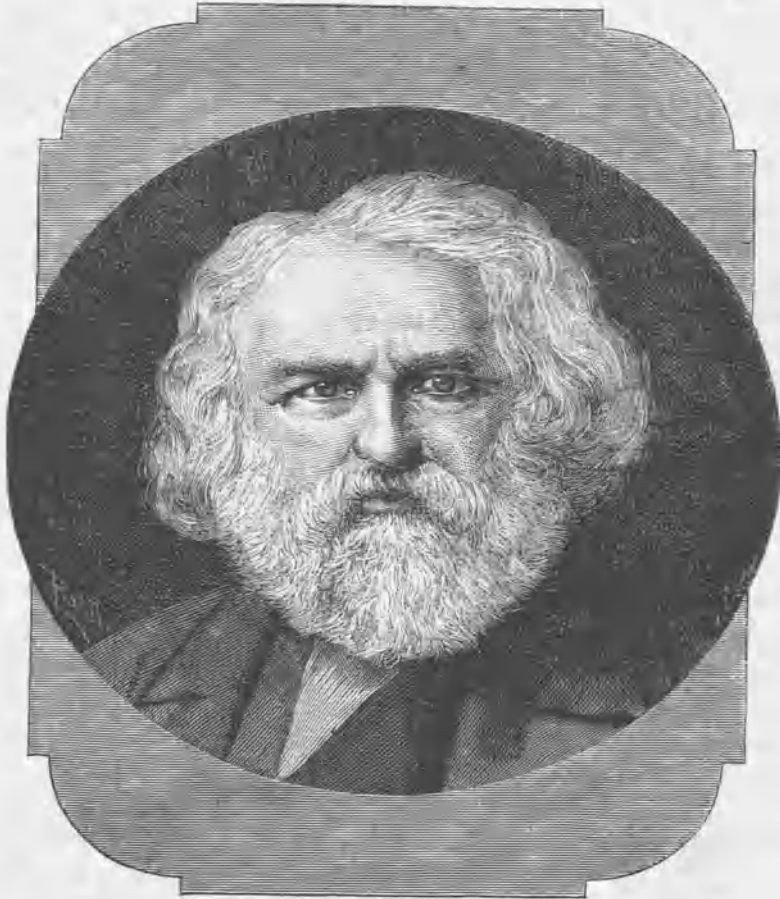
En 27 de Mayo de 1868 Longfellow salió de los Estados Unidos para visitar de nuevo la Inglaterra y el Sud de Europa. Antes de partir le dieron un banquete de despedida en Nueva-York, con ocasión del cual el Dr. Oliver Wendell le dedicó un homenaje poético. En Liverpool le dispensaron el más cordial recibimiento. Poco después visitó á Carlisle, y fué huésped del capitán Ferguson de Morton.

Pasó después á Cambridge, y el 16 de Junio recibió de su antigua Universidad el grado de Doctor en Leyes (L. L. D.) con gran entusiasmo de un grande y distinguido público. Agrada ver á un poeta eminente de los Estados Unidos honrado de este modo por una Universidad tan parca generalmente en sus favores, como la de Cambridge; pero debe consignarse que esta prueba de estimación hácia Longfellow ha sido considerada como una atención de reciprocidad por la que América dispensó á Carlos Dickens.

La tarde del 4 de Julio Longfellow tuvo el honor

de una entrevista con la reina Victoria en el castillo de Windsor, y durante su estancia en Londres fué obsequiado con un gran banquete en el hotel Langham por el distinguido artista Bierstadt. La fiesta fué en extremo brillante por su carácter internacional y por haber concurrido á ella algunos de los personajes más

célebres de ambos lados del Atlántico. Entre ellos figuró Gladstone, quien á los postres con frases muy sentidas brindó por la salud, dicha y gloria del ilustre convidado. También debe consignarse por su novedad este otro detalle del banquete: en la lista de la comida, colocada junto á cada cubierto, iba el



LONGFELLOW.

retrato de Longfellow, y en el sitio especial destinado al poeta había una pequeña pintura al óleo, obra de Bierstadt, representando la *Partida de Hiawatha*, tal como en las últimas líneas del poema se describe.

Antes de salir Longfellow para el Sud de Europa, pasó algunos días en la isla de Wight, en la residencia de otra inteligencia excepcional, Tennyson, el mayor poeta viviente de Inglaterra (1).

Para completar esta sumaria indicación de datos biográficos, añadiremos que en 1868 dió Longfellow á la escena dos nuevas producciones, dos dramas de carácter histórico, titulados *John Endicott* y *Giles*

Corey, en que se pintan las persecuciones de los puritanos contra los disidentes de su secta, y los procesos de hechicería.

Renunció poco despues su cátedra y se retiró á su patriacal morada de Cambridge, buscando la soledad, amable compañera de las musas, que no le negaron sus favores aún en su gloriosa vejez. Frutos bien sazonados de esta época son los *Macabeos* y la *Divina Tragedia*, últimas obras del gran norte americano.

Murió el 24 de Marzo de 1882.

(1) Traduc. de la edición inglesa de las obras poéticas de Longfellow, de Jhon Dick.

EN LA JAULA DEL LEÓN.

Finalizaba su carrera el año 1867.

Poco después de haber terminado una de las representaciones de la popular zarzuela *Los Infernos de Madrid*, me retiraba á mi casa.

Al ir á tocar el aldabon de la puerta, observé un bulto que se acercaba á mí.

Quedéme parado y con un sí es no es de turbación, pues el valor no ha sido nunca una de las cualidades que me han distinguido.

—¿Quién es?—pregunté con voz no muy segura.

—¡Soy yo, señor Arderius!—respondió *el bulto* con acento dolorido.

—¿Quién es V.?—insistí yo.

—¡Soy Alegría, el corista de la compañía de V.!

—¿Y qué hace V. aquí á estas horas?

—¡Ay, señor Arderius! ¡Qué desgracia, qué desgracia tan grande!—exclamó *el bulto*, que efectivamente era un individuo del cuerpo de coros, llamado Alegría.

Al decir esto, rompió á llorar de una manera desolada.

Pronuncié algunas palabras vagas, procurando consolar á aquel dolor para mí desconocido, y que al cabo conocí, pues Alegría me dijo sin dejar de sollozar:

—¡Acabo de recibir un parte de mi *marecita*!

El corista era andaluz.

—¿Y qué dice ese parte?

—¡Tómelo V.!

La noche era oscura, y como no poseo la cualidad de los gatos, que ven en las tinieblas, invité al afligido corista á que subiese á mi casa.

Subimos ambos, y á la luz de un quinqué pude leer el parte telegráfico, que estaba concebido en estos términos:

«*Churriana*, 21 Diciembre 1867.—*Alegría*, teatro *Dufos Arderius*.—Mañana, á tarde, fusilan á tu hermano. Haz por conseguir indulto.

»TU MADRE.»

Quedéme aterrado ante aquel laconismo cruzé del telégrafo.

Durante largo rato no supe qué decir.

Alegría continuaba sollozando.

Rompi al cabo el silencio con esta pregunta:

—Y bien, ¿qué quiere V. que haga yo?

—¡Señor Arderius!—me contestó el corista.—

¡Yo no conozco á nadie, pues V. sabe que no hace más que dos meses que estoy en Madrid! ¡Usted, en cambio, trata á muchas de las personas más principales de la capital, y si quisiera.... podría hacer algo!

Era un deber de conciencia ayudar á aquel infeliz que rogaba por la vida de su hermano, y áun cuando confiaba poco en mi influencia, le dije:

—Vamos ahora mismo á casa de cierta persona,

que creo podrá interceder en favor del hermano de usted....

Eran las dos de la madrugada.

Semejante hora, que en cualquiera otra población de Europa parece, y es, intempestiva, en Madrid puede decirse que es la más á propósito para ver y hablar con calma á muchas personas de posición.

Salimos á la calle, y con paso rápido nos encaminamos á casa de una muy encopetada señora, abogada contantemente á mi teatro. La tal señora gozaba de gran valimiento con D. Ramon María Narvaez, presidente á la sazón del Consejo de Ministros.

Llegamos á casa de la dama, y al entrar en el portal nos quedamos parados: sin saber por qué, un presentimiento quizá, me dejó aterrado. El viático descendía en aquel mismo instante por la anchurosa escalera de la casa.

Pregunté al portero el nombre de la persona á quien acababan de administrar.

—¡Á la señora de T.!—me respondió.

¡Aquella señora era la misma á quien íbamos á ver para que se interesase con el Presidente del Consejo.

Nuestro asunto no podía empezar peor.

Reflexioné durante algunos momentos, pensando á dónde y á quién podría dirigirme, y luego le dije al atribulado corista:

—Vamos á ver al Duque de Hijar: me honra con su amistad, y es un decidido protector de todos los actores y cantantes de Madrid.

Echamos á andar de nuevo, y en breves instantes llegamos á casa del Duque.

La puerta estaba abierta aún, y el portero dormitaba en el portal.

Pregunté si podía ver á su señor.

—El señor Duque—me dijo—ha marchado esta mañana de caza, y no regresará hasta dentro de ocho días.

¡Fatalidad!....

¡El segundo paso también había sido infructuoso! ¿Qué hacer?.... ¿Qué influencia poner en juego?....

La noche iba pasando, y habían sonado ya las cuatro de la madrugada. Apesadumbrado, le dije á Alegría:

—¡Es ya muy tarde, y hallárimos á todo el mundo en la cama! Váyase V. á su casa, duerma un poco, y á las nueve de la mañana saldremos de nuevo por ahí, á ver si Dios nos inspira algun pensamiento luminoso.

La noche pasó.

Durante ella no me fué posible cerrar los ojos.

¡Aquella desgraciada madre y aquel infeliz hijo; la primera llorando sin consuelo, y el segundo sepultado en un encierro, del cual sólo había de salir para el patíbulo! ¡El pobre Alegría, á quien el dolor ahogaba, me inspiraba también compasión.

Lució el alba, y salté de la cama. Me vestí, y estando vistiéndome entré Alegría. Antes de que diesen las ocho salimos á la calle.

La verdad es que no sabía á dónde dirigirme.

Maquinalmente tomamos el camino del Ministerio de la Guerra.

Al cruzar por frente á la puerta que daba paso á la Presidencia, puerta que ocupaba el ángulo que hacia frente á la fuente Cibeles, vi que la entrada estaba franca. Una idea cruzó por mi mente: era atrevida, pero se trataba de salvar la vida de un hombre. Me resolví, despues de una corta vacilacion.... Entré en el patio del palacio, y pregunté por el ayudante de Narváez.

—Suba V. —me dijo un ordenanza. —En la antecala está.

Sabí, y me encontré con el coronel Bárbara, persona muy atenta á quien tenía el gusto de tratar con alguna intimidad.

El día empezaba mucho mejor de lo que había terminado la noche antecedente.

—¿Qué vientos le traen á V. por aquí tan temprano? —me preguntó el coronel con jovial acento.

—¡Mi coronel —le respondí— tengo precisión de ver en seguida al general!

—Espere V. un momento —añadió el ayudante— y le verá. Ahora está hablando con el obispo de Granada y el presidente de la Diputación de la misma ciudad. Siéntese V., pues creo que esos señores no tardarán en salir.

Nos sentamos, y el coronel Bárbara prosiguió:

—Si no es indiscreción, amigo Arderius, ¿podré saber para qué desea ver al general?

—Para un asunto muy importante y muy difícil á la vez, pero al cual me impulsa mi conciencia.

—¿Cuál?

—Interceder en favor de un desgraciado que va á ser fusilado hoy mismo, y que es hermano del que me acompaña.

—¿Uno á quien van á fusilar en Churriana, pueblo de la provincia de Granada?

—El mismo.

—¿Está V. loco? —gritó el coronel, en cuyo rostro se retrató el mayor asombro. —¿Ni lo piense V. si quiere! El general está enfurecido, y no se le puede hablar de semejante asunto! Váyase V., y no se le diga á nadie, si quiere evitarse un disgusto.... ¿Ignoira V. por ventura que el muelle por quien se interesa es un revoltoso furibundo, que ha hecho fuego á la Guardia civil?... Y no es esto solo: tambien entregó al saqueo el depósito de trigo del Ayuntamiento.... Vámos, váyase V., y no pretenda siquiera hablar de semejante asunto. ¡Será una locura!....

Las palabras del coronel me convencieron. El consajo era excelente, y apesarado el rostro, y todavía más apesarado el corazon, iba á retirarme ya, cuando Bárbara me retuvo diciéndome:

—Oiga V.: no crea V. que soy hombre de malos sentimientos. Lo que V. pretende es un acto meritorio, y á pesar de lo que he dicho, mi corazon se inclina tambien á todo lo que es beneficioso al prójimo. He variado de modo de pensar; hable V., y Dios le dé acierto. ¡Quién sabe!.... Pero es necesario que se arme V. de paciencia, y sobre todo de valor.

—La mision que traigo —dije— me lo dará.

—Pues bien —añadió— Voy á decirle al general que desea V. hablarle para un asunto de teatro. Esto hará que le reciba en seguida, y despues, allá se las componga V. con él.

Dicho esto, entré en el despacho de Narváez, y yo quedé meditando en mi situacion, que era difficilísima.

Pero mucho más lo era todavía la del infortunado á quien probablemente preparaban en aquel instante para emprender el viaje á la eternidad.

El hermano de Mejía, al grito de ¡*pan á ocho!* grito terrible y revolucionario en toda la provincia de Granada, había asaltado la casa del Ayuntamiento de Churriana al frente de varios hombres y mujeres de dicho pueblo.

Despues de apoderarse del granero que habia en la referida casa, y de haberse repartido entre todos el grano, los amotinados habían disparado contra la Guardia civil, que había acudido á sofocar el tumulto. Mejía, hermano, había sido el caudillo de los amotinados, el que más se había distinguido en aquella asonada.

Ya comprenderán mis lectores que el hecho era grave, gravísimo.

Sumido en estas reflexiones me hallaba, cuando oí voces desahoradas que partian del despacho del general Narváez; algunas de las palabras de éste llegaron distintamente á mis oídos.

—Repito á VV. —decia— que ni el ser obispo ni diputado significa nada para mí. ¡He dicho que no, y basta!.... ¡Ea, retirense ustedes!

Abrióse en seguida la puerta del despacho, dando paso á dos personas, una de las cuales era el prelado granadino. Tanto el rostro de éste como el de la persona que le acompañaba revelaban confusion, despecho; ambos se sentían indudablemente humillados.

Trascurrieron breves instantes, que me parecieron siglos, y al cabo el coronel Bárbara dijo desde la entrada del despacho:

—El señor Arderius, que pase.

¡Qué momento aquél! ¡No lo olvidaré en toda mi vida!....

Adelanté hácia la puerta, y al pasar por el lado de Bárbara, éste me dijo en voz baja:

—¡Buen ánimo!.... ¡Allí le dejo á V. con la fiera!

Penétre en un salon tapizado de damasco amarillo.

No habia nadie en él.

Trascurrieron dos minutos, y en una puerta que ocultaba un gran espejo, apareció un hombre. ¡Era él! ¡Era el tremendo general Narváez!

Bajito, rechoncho, de mirada penetrante.

En aquel momento no tenía peluca.

—Hola, camarilla —me dijo.—¿Qué trae V. por aquí?

No olviden VV. que Narváez era andaluz, de la ciudad de Loja; un hombre de carácter sumamente franco y jovial en un trato íntimo.

Permanecí mudo por espacio de algunos instantes.

Mi paladar se había convertido en el desierto de Sahara; tal era la falta de humedad que se sentía en él.

—Vamos á ver — prosiguió el general, sin dar muestras de impaciencia. — ¿Qué es esto?

— ¡Señor! — respondí haciendo un supremo esfuerzo y presentándole al mismo tiempo el parte telegráfico de la madre de Mejía. — ¡Este papel explicará á V. E. el motivo de mi venida!

Cogió Narvaez el papel, se caló los quevedos, y con la mayor tranquilidad empezó á leerlo.

Á medida que leía, su frente se arrugaba y sus mejillas se encendían.

Luégo arrojó el papel, y dando una furibunda patada, me lo lanzó al rostro.

— ¡Vaya V. á la m.....! (1) — gritó con voz atronadora. — ¿Usted también?..... ¡Sólo me faltaba que los cómicos se mezclasen en este asunto! ¡Salga V. inmediatamente de aquí, y agradezca que no le haga rodar por la escalera!

La voz de Narvaez era cada vez más atropellada, y la ira hacía brillar sus ojos cual si fueran ascuas. Mis piés parecían que habían echado raíces en el suelo.

La fiera se acercó más á mí, con los puños cerrados y aire amenazador.

Creí llegada mi última hora, y que el hermano de Mejía y yo íbamos á encontrarnos en el camino de la otra vida.

Por fortuna, el general se contuvo, y me volvió la espalda bruscamente.

Como ya no veía sus ojos brillantes y furiosos,iqué fuerzas de flaqueza y tuve valor para replicar, aunque con voz apenas perceptible:

— ¡Uno de los deberes que me he impuesto al penetrar aquí, ha sido el sufrir con resignacion todas las inconveniencias que quiera decírnme V. E.!

Volvióse Narvaez, y creí llegado el momento de recibir un soberbio bofetón.

Pero no, el general parecía haberse calmado, y cambiando el tono furioso y desabrido por otro mucho más suave, me dijo:

— Siéntese V.

Yo permanecí de pié, sin poder darle cuenta de lo que me estaba sucediendo.

— ¡Que se siente V., repito! — añadió, agarrándome por un brazo y obligándome á tomar asiento en una butaca. Luégo añadió con tono casi cariñoso:

— Dispénsenme V. por haberle hablado del modo que lo he hecho! ¡Hoy es un día fatal para mí! ¡Hoy fusilan á un hombre, y no tengo más remedio que ser inexorable! ¡La ley lo ordena, y un consejo de guerra así lo ha dispuesto!..... Esas dos personas que V. habrá visto salir de aquí, son el obispo de Granada y un diputado provincial. Esos señores, cuando tuvo lugar el motin de Churriana, hace dos días, vinieron á decirme que se murmuraba de mí, que era ya viejo, que no tenía la energía de mis buenos tiempos, y, poco más ó poco ménos, que era un petate capaz de dejar impune el delito cometido

por los amotinados. Anoche, el consejo de guerra condenó á muerte al jefe del motin, y hoy, al recibir el telegrama que anuncia tal determinacion, se me presentan esos mismos señores pidiéndome el indulto. ¿Qué le parece á V.?..... ¡Es muy bello el rogar por la vida de un hombre!..... ¡Qué papel tan magnífico el de esos señores!..... Usted mismo, ¡qué orgulloso estará de su mision!.....

¡Pero lo terrible, lo doloroso, es tener que negar esa gracia! La ley se cumplirá, con harto sentimiento de mi corazon, y crea V. que si pudiera, por vengarme de esos señores, lo haria sólo por usted. Adios, Arderius — añadió alargándome la mano.

Cogí ésta, y pude notar que estaba trémula y centelurienta.

Narvaez no tenía mal corazon; pude observar en aquel momento semejanza circunstancia.

Hice una profunda reverencia, y me retiré sin pronunciar una sola palabra.

Volví á encontrar al coronel Bárbara, el cual, al abrir la puerta de la antecala, hizo un gesto de conformidad y exclamó con voz triste:

— ¡Dios lo quiera! ¡Nosotros hemos hecho todo lo posible!.....

Al siguiente día *La Correspondencia de España* daba telegráficamente todos los detalles de los últimos momentos del rey Mejía, para solaz de sus lectores.

FRANCISCO ARDERIUS.

NICOLAS POUSSINO.

Este célebre pintor, cuyo retrato ofrecemos á nuestros lectores, nació, en 1594, en Andelys, poblacion de Normandía, de una familia algun tanto ilustre, si bien no rica. Sus primeros estudios los hizo con profesores de escasa nombradía; pero sus adelantos fueron tan notables que llegó á obtener bien pronto el dictado de *Rafael de Francia*, animándose á pisar á Italia para perfeccionarse.

En aquella época la pintura italiana estaba en completa anarquía. La herencia de Rafael se hallaba dividida; por un lado, el Guercino, Valentin, Ribera, Manfredi, los discípulos todos del Caravaggio, complaciéndose en pintar los efectos de luz del día como si fuera de noche; por otra parte, Guido y Albano se declaraban por la suavidad, la armonía y la gracia, mientras Lefranc y Pedro de Cortona inauguraban la pintura teatral.

Apartado de todos, el *Dominiquino* era el único que conservaba la tradicion, y por su escuela se decidió Poussino.

Se hallaba por entonces protegido por el caballero Marini; pero su imprevista muerte cambió la suerte del pintor que tuvo que vender sus cuadros sumamente baratos para poder subsistir.

La reputacion del Poussino comenzó bien pronto á ser reconocida.

(1) Histórico.

El caballero Casiano del Pazzo logró para él la honrosa misión de pintar el San Erasmo que se ve en San Pedro.

El monarca de Francia Luis XIII no tardó en codiciar su pincel para el Louvre, y le escribió para que se decidiese á complacerle.

Accedió el Poussino y fué nombrado primer pintor del monarca.

Las intrigas de los envidiosos le hicieron volver á Italia, y en Roma continuó dedicándose á su profesión, hasta que ocurrió su muerte en 1665, á los setenta y un años de edad.



NICOLÁS POUSSINO.

Había vivido pobre y modesto, y así murió

La gloria, y no la ambición, era su único móvil. Dibujaba con corrección; sus composiciones revelaban gusto y nobleza.

Entre sus mejores cuadros figuran *Rebeca y Eliezer*, *Moisés salvado de las aguas*, *El Mund en el desierto*, *Los Filisteos castigados por la peste*, *Los Ciegos de Jericó*, *La Mujer adúltera*, *El Rapto de las Sabinas*, *Los Pastores de Arcadia* y *Diógenes*.

LA NOVIA MARCHITA.

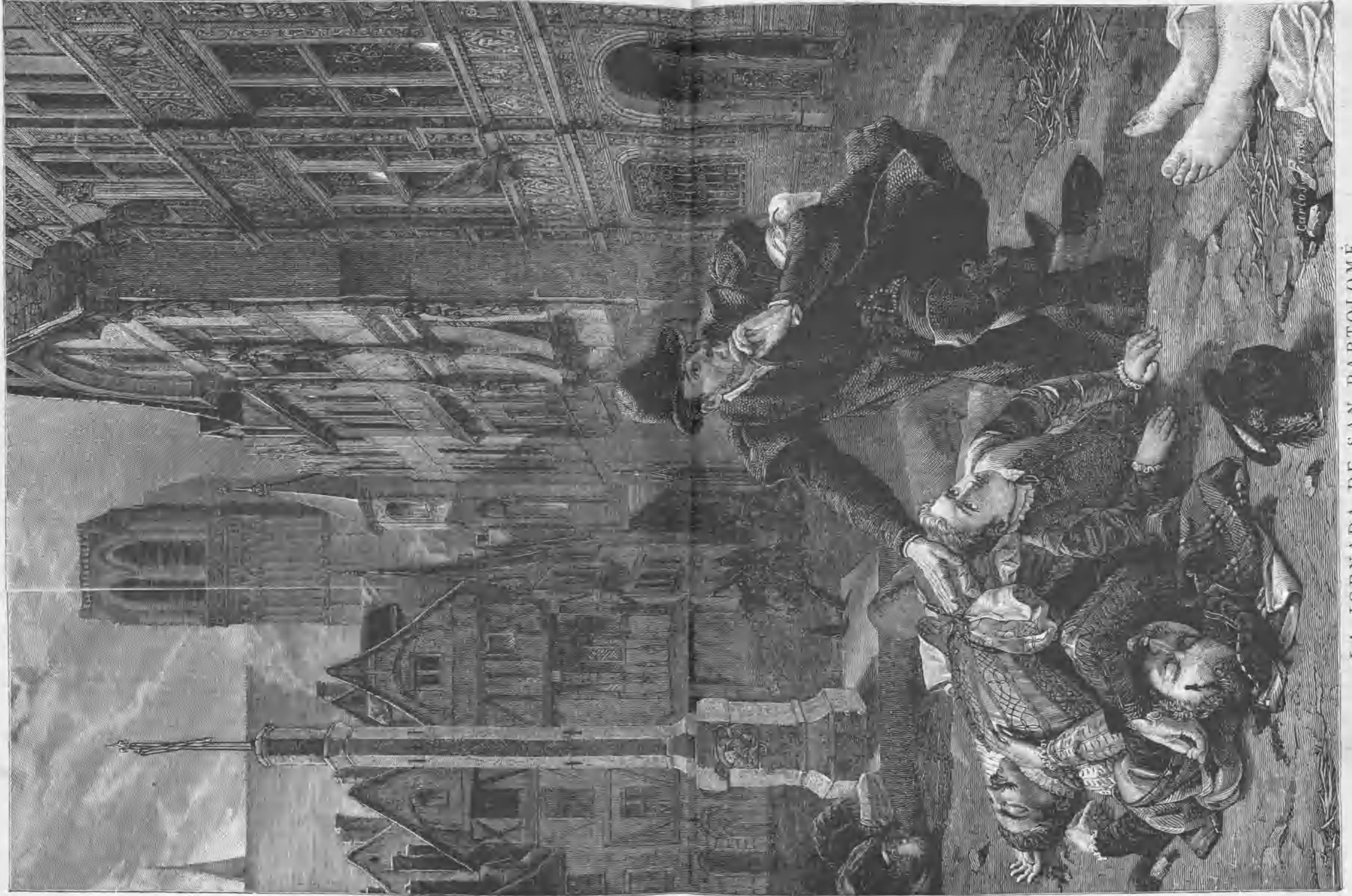
Hace poco más de cincuenta años que en el pueblo de Lequeitio, en la costa cantábrica, dió un jó-

ven marinero un beso á su linda novia María, diciéndole:

—El día de Santa Lucía bendicirá el cura nuestro amor, serémos marido y mujer, y nos edificaremos un nidito.

—Y en él morarán la paz y el amor—repuso la hermosa novia con graciosa sonrisa—pues tú eres mi único y mi todo, y sin tí me fuera la vida tan enojosa.....

Mas cuando pocos días ántes de Santa Lucía los proclamó el cura amonestados por segunda vez, la muerte vino á dar un tremendo golpe á la puerta de uno de estos venturosos amantes. Pasó aquella mañana el marinero por delante de la casa de su querida, llamó á su ventana y le dió los buenos días;



LA JORNADA DE SAN BARTOLOMÉ.

mas no volvió á darle las buenas tardes, pues nunca más regresó de la playa, y en vano estuvo María haciendo un dobladillo aquella mañana á una corbata negra que debía regalarle el día de la boda; pero como el novio no volvió más, puso la triste corbata en el fondo de su cofre, lloró su muerte y no le olvidó nunca.

Entre tanto pasaron años y años, se sucedieron terribles sucesos políticos, la sangre humana tiñó y fertilizó las arenas del Norte de España, los aqueiros vermiformes devoraron las carnes de los soldados liberales y absolutistas. Despues reinaron sobre aquellas tierras la paz y el silencio; los molineros molían, los herreros forjaban, los mineros cavaban la tierra en busca de venas metálicas, y los pescadores sondaban con sus aparejos al seno de las aguas y revolvían los peñascos de las orillas.

Pero un día, al tratar los mariscadores de Lequeitio de separar dos pedazos de roca para perseguir en sus cuevas á una tribu de crustáceos, sacaron de entre grandes montones de sedimentos salitrosos el cadáver de un mancebo, enteramente penetrado de las sales marinas; pero fuera de esto, incorrupto y sin la menor alteración, y tanto, que todavía podían reconocerse sus facciones y edad, como si hubiese muerto en aquel mismo instante, ó como si se hubiera quedado dormido en medio de su faena. Mas cuando le sacaron de la excavación nadie conoció al mancebo cadáver, ni supo nada de su desgracia (pues sus padres, amigos y conocidos habían muerto hacia ya mucho tiempo), hasta que se presentó la que había sido novia del marinero que allí en días muy lejanos salió á pescar en su pequeño bote y no había vuelto á la playa. Toda cansada y arrugada llegó aquella caduca mujer, apoyando su encorvado cuerpo en una muleta, y reconoció á su novio, y con gozosa, que no dolorosa sorpresa, dejó caer sobre aquel querido cuerpo, ya frio; y despues que se hubo recobrado de la violenta emoción de júbilo que la embargó durante un buen rato, prorumpió en estas palabras:

— ¡Es mi novio, á quien he estado llorando durante cincuenta años, y que Dios me deja ver finalmente antes de morir! Ocho días antes de nuestras bodas salió á la mar mi querido, y nunca volvió.

Estas palabras arrancaron lágrimas á los circunstantes que estaban viendo aquella novia ya caduca junto á su novio en toda su juvenil hermosura; pero él ya no abría los labios para sonreírse ni los ojos para reconocerla.

Finalmente, rogó ella á los vecinos que trasportasen el cadáver á su habitación, como cosa que era suya exclusivamente, hasta que se le dispusiera un sepulcro en el cementerio. Al día siguiente, cuando algunos marineros fueron á buscar los restos de su antiguo compañero para llevarlos al campo santo, abrió ella un cofrecito, sacó una corbata negra, se la puso á él al cuello y echó andar trabajosamente á su lado, vestida de fiesta, cual si fuera un día de boda y no de entierro; en seguida, cuando le bajaron al hoyo, dijo:

— Has por dormir tranquilo un día más, ó tres á

lo sumo, en nuestro fresco tálamo, y no te impacientes, pues ya nada me queda que hacer entre los vivos y pronto vuelvo.

Y con efecto, dos noches despues reposaba junto al cuerpo j6ven del novio el cadáver de la novia marchita.

M. F. FONTECHA.

LA CUESTION DE CUBA.

Principiemos por enumerar los personajes:

EL SEÑOR MATÍAS, portero, zapatero honorario del cuerpo de criados del barrio, esposo en propiedad de la señora Verónica; ex-militano, ex-criado de un periodista, natural de Madrid y aficionado de furioso á la lectura de todo papel impreso.

EL SEÑOR MANUEL, portero de la casa de enfrente; de la misma profesion que el señor Matías, y llamado, por mal nombre, *Aguo-Tibia* enanigo almatado de aquel á causa de la identidad del arte que ofrecen; asistente á la lectura de periodicos en el portal de Matías y abonado á turno diario á la terna de la esquina.

TOMIRIO, Conductor de agua, ca doñi, aguador de las dos casas y amigo de los dos maestros; bruto de nacimiento y un poco adorado de.

LA JUANA, mujer de *Aguo-Tibia*, que está un sí es no es disgustada de la conducta censurable de su marido. Este personaje (la Juana) habla desde el portal de su casa porque está resida con

LA SEÑORA VERÓNICA, que no se presenta en escena y habla desde el fondo de la portera.

LUGAR DE LA ESCENA:

El portal del señor Matías.

Suenan las siete.

El señor Matías, sentado en su banquillo, remonta una bota, cantando:

Sólo tienes una falta,

Que te la voy á decir:

Que te quitas de la puerta

Cuando me ves de venir.

(*Aparece el señor Manuel en su portal.*)

EL SEÑOR MANUEL,

¡Cómo cantan los ricos!

EL SEÑOR MATÍAS,

¡Hola, vecino; parece que madrugamos!

EL SEÑOR MANUEL,

Si es pulla, váyase por cuando usia se duerme.

EL SEÑOR MATÍAS,

¿Ya empezamos?

LA SEÑORA VERÓNICA. (*Dentro.*)

Mira, Matías, no tengamos *belen* con los de enfrente, que ya estoy fastidiá de ser *lurdibio* de naide.

EL SEÑOR MATÍAS.

Pierde cuidiao, que yo tengo más principios que él y no dejo la ida por la venida.

TOMIRIO. (*Entrando en el portal con la cuba al hombro.*)

¡Buenos dias nus dé Dios!

EL SEÑOR MATÍAS.

¡Buenos días, *maestro!* Siéntate un poco si me traes ese papel.

TORIBIO.

En verdad que lo traigo, y que dicen que está mu

güeno; pero antes voy al cuarto segundo á ver si cobro seis cubas que se me deben y que no puedo hacer cubradas.

LA SEÑORA VERÓNICA.

Mira, Toribio, más valdrá que te sientes, porque



LA CUESTION DE CUBA.

el dinero pa pagarte á tí lo han *dio* á buscar á las Américas....

TORIBIO.

No, pues yo non deju de cubrar hoy mesmu mi dinero, que es sagradu.

LA SEÑORA VERÓNICA.

Aunque parece....

EL SEÑOR MATÍAS.

Cállate, Verónica, y no me seas mala lengua; no parece sino que no sabemos toos que cada casa es

una historia; á ver, Toribio, venga el papel y leerémos un rato, mientras subes y bajas.

TORIBIO.

Tome, pues; pronto vuelvo.

(*El señor Matías toma el periódico y comienza á deletrear; el señor Manuel entra en el portal.*)

EL SEÑOR MANUEL.

¿Qué dicen los papeles, compae Matías?

EL SEÑOR MATÍAS.

Eso voy á ver.... ¡Ejem!.... ¡Ejem!....

LA SEÑORA VERÓNICA. (*Dentro.*)

¡Miste, señor Manuel, que están yorando aquellas criaturas!

LA JUANA. (*Desde su portería.*)

Si yoran ó no, madre tienen pa que las cuidie, y caa uno á su casa....

LA SEÑORA VERÓNICA.

¿Estaba osté ahí, vecina? No me habia enterao.

LA JUANA.

¡Puede!

LA SEÑORA VERÓNICA.

Las que hemos tenido hijos, siempre se nos conoce....

EL SEÑOR MANUEL. (*A parte.*)

¡Te veo, besugo! Ésta lo que quiere es que yo no oiga la letura.

(*El gallego baja echando sapos y culebras por la boca.*)

LA SEÑORA VERÓNICA.

¿Has cobrao las cubas, hijo?

TORIBIO.

¡Lléveme el demu si vuelvo á traer el agna! ¡Dice la chica que están durmiendo los amos! ¡Pues cuando se debe á un probe no se duerme!

LA JUANA.

¡Y habrás sido tan lila que habrás dejado el agna!

TORIBIO.

¡Claramente que hela dejado!

LA SEÑORA VERÓNICA.

¿Qué cuidao se toman algunos por los amigos!

EL SEÑOR MATÍAS.

¡Mira, Verónica, no tengas ganas de que ande San Benito Palermo!

EL SEÑOR MANUEL.

Déjela V., que habrá pasao mala noche y está endómita.

TORIBIO. (*Sentándose en la cuba.*)

Lea, señor Matías,

(*Se concluirá.*)

EUSEBIO BLASCO.

A LA AURORA.

Ya al diamantino carro de la diosa
Unido está el aligero corcel,
Y envuelta en nubes de escarlata y oro
La aurora sube en él.

Que ha surgido del seno de las ondas
Y corre los espacios á alumbrar,
Dando vida á la flor, galas al hombre
Y azul y plata al mar.

Y enamorada y pura renaciendo
Á los seres despierta su arbol,
Y es la primera en recibir amante
El ósculo del sol.

Cuando hermosa despierta la mañana
É invoca á la Natura ante su altar,
La aurora es la primera que va alegre
Su cielo á iluminar.

Visita nuestro hogar y nuestros templos,
Acepta el culto que le ofrece el sér,
Y distribuye sin cesar tesoros
De vida y de placer.

Con afan incansable, *El Día* y *La Noche*
Nacen y mueren, vienen y se van;
¡Bajo diversas formas se suceden
Y no se encontrarán!

La aurora es quien divide en sus misterios
Las sombras y la luz con tierno amor;
Se que á *La Noche* en su primer sonrisa,
Al *Día* en su esplendor.

La Noche es el abismo que sepulta
Al mundo en espantosa lobreguez;
La aurora de las sombras lo redime
Con tenue languidez.

Sin aurora no hay día: eterna sombra
Tendiera sobre el mundo cruel horror;
¡La aurora es el misterio y la esperanza!
¡*La Noche* es el dolor!

Como una virgen de ligeras formas,
Radiante de ilusiones y placer,
Suelto el áureo cabello y dando al hombre
La esencia de tu sér,

¡Oh diosa! acudes á tu templo augusto,
Del sacrificio llegas al altar
Y alzas el velo que tu seno ardiente
Inflama al palpitár.

Y cual doncella que en el ara santa
Se purifica con sagrado arlor,
Deslumbradora muestras tu hermosura
Y tu infinito amor.

¡Oh aurora! Brilla en tu esplendente carro,
Sigue tu curso; la creacion te ve
Más hermosa que tú, ninguna aurora
De las pasadas fué.

J. J. JIMÉNEZ DELGALO.

APUNTES HISTÓRICOS

CONTRA LA ANTIGÜEDAD DE LAS CIUDADES DEL GLOBO.

La primera ciudad que se fundó sobre la tierra fué Henogua, fabricada por Cain, hijo primero de Adán.

Cerca de los años 2000 del mundo, Asur, hijo de Sem, fundó la ciudad de Nínive, que destruyó Sardanápalo en 3158 poniéndola fuego.

En 3300 Sparta edificó la ciudad de Esparta.

Por el mismo tiempo fué fundada Atenas por Cecrepe.

En 2870 fué destruida Troya por los griegos, despues de vencer á los troyanos.

Por los años 2600 Cadmo fundó á Tébás en la Beocia.

Tiro fué edificada por los Sículos, pueblos de Italia.

Dido, habiendo huído á África, fundó la ciudad de Cartago en el año 3142.

Rómulo y Remo fundaron á Roma el año 753 años de la Era cristiana.

La fundacion de Antioquia se atribuyó á Seleno Niemor, hijo de Antioeo.

Babilonia, ciudad de Caldea, se edificó por Belo, hijo de Haxafrot, y segun Plinio, tenía 380 estadios de largo, que hacen 60 millas, siendo la altura de sus murallas 200 piés, y el grueso 50. Hubo otra Babilonia en Egipto, construida por Cambises, rey de Persia.

La ciudad de Bizancio, hoy Constantinopla, fué fundada por Pausanias, duque de Sparta, y reedificada por Constantino.

En el año 2803 del mundo fundó Ulises á Lisboa, que conquistó despues á los moros el rey de España D. Alfonso el Casto.

Toledo fué fundada por Túbal, y reedificada por los hebreos quinientos noventa años ántes de Cristo.

Por los años 865 del mundo fundaron á Madrid Ocnovianor y su madre Mantua, de quien tomó el nombre.

En el año 2420 fundó Mercurio Trimegiste la ciudad de Leon.

Salamanca fué edificada en 2790 por Truce, hijo de Telancon.

El emperador Octaviano Augusto fundó á Badajoz veinte y dos años ántes de la Era cristiana.

Sevilla fué fundada por Hispalo quinientos noventa y nueve años despues del diluvio.

El año 2321 del mundo edificó Pirro á Granada. Valencia fué fundada por el rey Romo el año 2641.

En el mismo sitio en que apareció el apóstol Santiago, fundó á Compostela D. Alonso el Casto.

La ciudad de Vitoria fué poblada por Leovigildo, rey godo, el año 580.

El año del mundo 2252 fundó Hércules Libio á Barcelona.

Marcelo Romano edificó á Córdoba cincuenta años ántes de la venida del Redentor.

Palma de Mallorca fué edificada en tiempo de Constantino.

Los vándalos edificaron á Jaen por los años del mundo 3411.

La villa de San Sebastian fué fundada por el emperador Barciano.

El año 1260 del mundo se fundó la ciudad de Oviedo.

SUCESOS MEMORABLES

Y NOTICIAS CURIOSAS.

Quedó Gibraltar por los ingleses el año 1704.

En el 1702 tomaron nuestras tropas á Luzzara y Guastalla.

El año de 1732 se tomó á Orán, que se había perdido en 1708.

Los jesuitas fueron expulsados de Portugal y sus dominios en 1759; de Francia en 1764; de España en 1767; de Nápoles en el mismo año; de Parma en 1768; de Malta en el mismo año, y en 21 de Julio de 1773 el papa Clemente XIV expidió breve de extincion y abolicion de esta Orden, que fué notificado el 16 de Agosto á las nueve de la noche.

Se descubrieron las Américas en 1492, por Cristóbal Colon, genoves. Se hizo á la vela el 3 de Agosto, y entró en el Tajo, despues de concluido su viaje, el 4 de Marzo de 1493.

El descubrimiento de la isla de la Madera se hizo el 8 de Julio de 1420, por Juan de Morales, natural de Sevilla, y Gonzalez Zarco, portugues.

En 1512 descubrió La Florida D. Juan Ponce de Leon.

Las islas Filipinas fueron descubiertas en 1566, reinando en España Felipe II, de quien tomaron nombre.

En 1619, reinando Felipe III, se descubrió el estrecho de San Vicente.

En 1525 se apoderó D. Francisco Pizarro del reino del Perú y de su monarca Atabaliba.

En 1500 fué descubierto el Brasil por Pedro Álvarez Cabral, portugues.

En 1519 descubrió Fernando Magallanes el estrecho que tomó su nombre, y las islas Molucas.

En 1493 se incorporaron á la corona de España las islas Canarias ó Afortunadas, y la de Tenerife.

En el año de 1500 pasó, de orden del Rey de Portugal, á promover los descubrimientos del Nuevo Mundo, Américo Vespucio, natural de Florencia, y de él tomó nombre aquella parte del globo.

La primera cruzada para la conquista de la Tierra Santa se verificó en el año de 1096, componiéndose el ejército de 600.000 infantes y 100.000 caballos. Se tomó por divisa en los vestidos una cruz encarnada, la cual dió nombre á la expedicion.

En 1767 empezaron los Carnavales en Madrid, por no haber, como en otras córtes, diversiones públicas, construyéndose con este motivo el teatro de los Caños del Peral, y poco despues el Paseo del Prado.

Las pirámides de Egipto se fundaron en el año de Roma 2460, reinando Faraon, por otro nombre Orus.

AL PIÉ DE MARIA.

Grandes son tus negros ojos
Y es esbelta tu cintura
Y lindos tus labios rojos;
Mas.... óyeme sin enojos,
Muchas tienen tu hermosura.

Con tus miradas de fuego,
De fuego me vuelvo todo;
El alma y vida te entrego;
Mas.... perdóname, te ruego,
Muchas miran de ese modo.

Muchas, sonrisas iguales
A las tuyas seductoras,
Guardan en vez de.... puñales,
Y muchas son tus rivales,
Muchas son encantadoras.

Pero en ninguna admiré,
Porque en ninguna encontré
Entre millares que ví,
Tan lindo y pequeño pié
Como el que te he visto á tí.

Distraída los mostrastes
A mis ojos asombrados,
Y verlos me los dejastes,
Hasta que al fin observastes
Con qué afán eran mirados.

¡Ay, bella delicia mía!
¡Cuán pronto me fué vedada!
Si vuelvo á hablarte algún día,
Muéstrame tu pié, María,
Así como descuidada.

Pues, al fin, merced muy poca
Será entonces, si se ve,
Que á pedir en mi ansia loca,
Quisiera tener mi boca
Siempre tocando tu pié.

P. DE NOVO Y COLSON.

LA NIÑA Y LA MARIPOSA.

APÓLOGO.

Por una campiña hermosa,
Bordada de flores mil,
Corre una niña gentil
Tras pintada mariposa.

Como en su empeño no cesa,
Cruza toda la campiña;
Que al acercarse la niña
La mariposa se aleja.

Y así las dos avanzando
Y en su empeño no cediendo,
La niña sigue corriendo,
La mariposa volando.

Mas ¡ay! la niña imprudente
Va en pos de la fugitiva
Que la excita y la cautiva,
En dirección de un torrente.

Ya se acerca y no le evita,
Porque el peligro no ve;
Se adelanta, pierde pié,
Y en el espacio se agita.

Óyese un grito angustioso,
La niña al agua cayó;
Blanca espuma la envolvió,
Y todo quedó en reposo.

Sigue el torrente avanzando
De espuma la agua cubierta;
La niña.... en su fondo muerta,
La mariposa.... volando.

Y un anciano, que la escena
Presenció, de espanto mudo,
Cuando hablar al cabo pudo,
Murmuró con honda pena:

«¡Cuántos hay que por correr
En este mundo traidor
Tras de efímero placer
Suelen hallar el dolor!»

JOSÉ BUSTILLO.

EXCURSIONES AL MONTE BLANCO.

EL MAR DE HIELO Y EL VENTISQUERO DE TALIFRE.

De todas las moles que componen los Alpes, la del Monte Blanco es la más interesante, no solamente porque es el punto culminante de la cadena entera, sino también por estar mejor circunscrita y más independiente, y elevarse uniformemente.

Los ventisqueros del grupo del Monte Blanco son proporcionalmente más numerosos que los de ninguna otra mole alpina; entre ellos, el de Talifre es imponente por su anchura, y lo que le distingue principalmente es la regularidad de su forma. Para un ventisquero de tal extensión, éste es un carácter muy notable.

Otra curiosidad de este ventisquero consiste en que las más altas cimas que dominan las escarpadas roquizas que forman el recinto, están dispuestas á su rededor con cierta simetría; éstas son: del lado del Oeste, la Aguja del Monje (3.418 metros) y la Aguja Verde (4.127 metros), y del lado del Sur, las de Beranger (3.350 metros) y de Talifre (3.745 metros).

Aparte de la ascension del Monte Blanco y del

paso del Cuello del Gigante, que son las principales de las grandes incursiones que se hacen habitualmente en las montañas de Chamounix, no hay ningún punto que nos inicie tan bien como el del ventisquero de Talifre en todas las maravillas del mundo de los Altos Alpes.

Vamos á referir el viaje á ese sitio maravilloso de M. Henry Velter, miembro del Club Alpino Francés.

Llegado Velter al Mar de Hielo, tomó á la izquierda y remontó la pendiente poco inclinada, dirigién-

dose hácia la confluencia de los ventisqueros de Talifre y de Leschaux.

Encontró primero muchas grietas, más ó ménos largas, anchas y profundas, y entre las que se elevan aristas faceladas diversamente por las variaciones atmosféricas; pero no hay que amedrentarse, no es difícil franquear ó rodear estos obstáculos.

Estas son las grietas laterales ó marginales, que están dirigidas en lo alto del ventisquero formando un ángulo de unos 45 grados con su borde; provienen de roturas causadas en el hielo por la tensión



EL MAR DE HIELO.

excesiva que resulta de que la velocidad de la corriente va en aumento de los bordes al medio del ventisquero.

Avanzando poco á poco hácia su fin, se aproximó á los *diques medianos*, que son en número de cuatro y casi paralelos.

Son acumulaciones de restos roquicos de todos tamaños, granos de arena y rocas de muchos metros cúbicos, amontonados, entremezclados y dispuestos en bandas longitudinales que descienden sobre la superficie y siguen el eje del Mar de Hielo hasta su terminación.

Antes, para ir al *Jardin* (1), se tomaba por la subida de la *Cobertera*, y al ir, como Velter, de Monteverva, era necesario pasar por encima de los

(1) Se llama así á una mole roquiza de forma triangular, de una extensión de tres hectáreas próximamente, que sobresale en medio de los hielos, y en cuya parte inferior existe un depósito de tierra vegetal, en la que, durante las pocas semanas de estío en que este sitio está despojado de nieve, aparece un precioso pastoreo de césped y de flores alpinas.

cuatro medianos del Mar de Hielo. La *Cobertera* es un promontorio roquizo de la orilla derecha de la catarata del ventisquero de Talifre, sobre el que se sube por una especie de escalera natural que se llama los *Egralèts*. Hace unos veinte años, la parte baja de esta escalera comunicaba con el Mar de Hielo. Hoy se dirige uno al *Jardin* por la subida de Berenguer, que se eleva por encima de la confluencia de los ventisqueros de Leschaux y de Talifre, y se llega fácilmente á ese punto siguiendo á lo largo de la verticale occidental del dique que desciende.

Andando en esa dirección, pasó Henry Velter por delante de la catarata del ventisquero de Talifre, en la que se admira una reproducción perfecta de uno de los espectáculos más asombrosos que ofrece la región glacial de los Alpes.

Cuando en el lecho de un ventisquero se hace bruscamente una desnivelación considerable, la masa de hielo, experimentando en su parte superior una tensión de más en más fuerte, se quiebra y se



EL VENTISQUERO.

albre como las láminas de un abánico; estos pedazos vuelven á partirse en pliegos prismáticos primero, pero que, por efecto de las fusiones superficiales que producen el sol y los vientos sólidos, experimentan variaciones de formas infinitas, y se ve á menudo erizarse en un laberinto inextricable de pirámides, de pilares, de obeliscos, de agujas, de una blanqueza deslumbradora, inclinadas en todos sentidos.

Este conjunto es lo que se llama «cascada ó Catarata de hielo».

La de Talifre es una de las más notables, en cuanto á que se vierte en pendiente rápida por un estrecho desfiladero que no tiene sino 600 metros de abertura, y que termina de una manera grandiosa el ventisquero de que deriva.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Con el número próximo, los suscritores que han optado como regalo por la *Historia Universal*, de César Cantú, recibirán el tomo II; precio, 10 pesetas.

Los que han elegido *Los Tres reinos de la Naturaleza*, recibirán el tomo II; precio, 9,75 pesetas.

Aquellos de nuestros suscritores que no hubieran remitido el importe de los citados tomos, se servirán remitirlo á la mayor brevedad; para no experimentar retraso en el recibo del tomo.

JEROGLÍFICO.



La solución en el número próximo.

SUMARIO

GRABADOS.—El Palacio Ducal de Venecia.—Longfellow.—Nicolas Poussin.—La Jornada de San Bartolomé (cuadro de Paul de La Roche).—La cuestión de Cuba.—El Mar de hielo.—El Ventisquero.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.—Jeroglífico. TEXTO.—Evangelina, por Longfellow.—El Archipiélago de Fuego, por Julio Verne.—Aventuras de un príncipe de Paris en Occidente, por Luis Boussuani.—La Jornada de San Bartolomé.—El Palacio Ducal de Venecia.—Datos biográficos de Longfellow.—En la jaula del león, por D. Francisco Arderías.—Nicolas Poussin.—La novia marchita, por D. M. F. Espinosa.—La cuestión de Cuba, por D. Eusebio Blasco.—A la Aurora, por D. J. J. Jiménez Delgado.—Ajetos históricos sobre la antigüedad de las ciudades del globo.—Encenas memorables y novelas curiosas.—Al pé de Maris, por D. P. de Nova y Colson.—La niña y la mariposa, por D. José Luciffo.—Excursiones al Monte Blanco.—Advertencia importante.

MADRID, 1885.—Est. Tip. «Sucesores de Rivadeneyra».